Cuadernos De Notas

Presentación

A los 68 años, examinando las posibilidades de la idea para un cuento, Henry James señalaba al pasar: «Ahora que acabo de desanudarlo —*à propos*— no podría decir que el argumento me impresiona en exceso, y sin embargo es éste el único modo de ahuyentar esos motivos que flotan alrededor de uno como fantasmillas. Hay que hacer el esfuerzo de formularlos —y después se ve. Por lo demás, esta prueba de la formulación es, en cualquier caso, algo tan exquisito que siempre vale la pena afrontarla, aunque más no sea porque reaviva el hechizo de los viejos días sagrados.» La observación, al igual que el largo esquema de un relato nunca escrito, figura en la entrada del 21 de abril de 1911, una de las últimas del último cuaderno de apuntes de James; y lo destacable en ella, más que la nostalgia de los «días sagrados» (los de producción más intensa, acaso entre 1885 y 1905), es que aporta una suerte de imagen concentrada del sentimiento de un oficio.

Si «formular» un tema o un argumento resultaba «exquisito» era porque en esa tarea se desplegaban sin apremios las virtudes de la imaginación. Leyendo las notas de más de treinta años se adquiere la certeza de que los bocetos de sus obras proporcionaban a James un placer extraordinario: el placer de la invención libre, intensificado por la inminencia de la composición. Los nueve cuadernos que conforman este volumen —fechados entre noviembre de 1878 y mayo de 1911— son tanto un registro de la dificultad de narrar como la crónica de una pasión. Tres de ellos podrían llamarse «diarios» (el II, que en parte refleja el primer regreso de James a Estados Unidos, tomada ya la decisión de establecerse en Europa, algunas memorias de viajes y la reacción por la muerte de la madre; el VII, que reflexiona sobre el viaje americano de 1904-1905, después de veinte años de ausencia; y el VIII, un conjunto de «croquis al natural» de diversos lugares de Londres, base para un libro sobre el escenario inglés); los demás son sobre todo cuadernos de trabajo, en los cuales figuran desde la situación entrevista o la anécdota prometedora hasta la discusión exhaustiva, capítulo a capítulo, de una larga novela que avanza arduamente.

Casi todas las obras narrativas que James escribió entre sus 35 y 7O años están registradas en los cuadernos. De algunas simplemente consta la idea generadora; de otras, un primer esbozo, a menudo reconsiderado o enriquecido en entradas sucesivas; de otras más, escrupulosos exámenes de secuencias dramáticas, del destino de cada personaje y de la pertinencia de cada detalle. *What Maisie Knew* y *The Spoils of Poynton*, las dos obras que

más dilatadamente se discuten, están aquí reflejadas en su complicado proceso de redacción en muchos momentos un compromiso casi imposible entre las demandas de los editores (se publicaron por entregas) y la creciente necesidad que James tenía de espacio suficiente para desarrollar todas las posibilidades de un tema. Hay esquemas que casi no difieren del relato definitivo. Hay bosquejos de las complejas novelas del James tardío —*The Ambassadors* por ejemplo— que son pasmosos y ajustados resúmenes de historias abigarradísimas. Y hay llamamientos de James a sí mismo para dominar el arte del cuento, que en no pocos momentos fue el único capaz de solventarle algún apuro financiero.

Da la impresión de que la influencia del «Maestro» en la narrativa occidental contemporánea está lejos de haberse agotado. A igual distancia de sus colegas victorianos, del naturalismo europeo y del realismo norteamericano, James recogió la herencia de su compatriota Hawthorne, abrevó en Maupassant, Flaubert y Turgueniev, resumió en sus primeras obras el estado formal de la novela burguesa y, en la segunda mitad de su vida, planteó problemas y aportó soluciones que ni siquiera el brillante desfile de la novela experimental de nuestro siglo ha logrado empequeñecer. Cuestiones como el punto de vista, el foco de conciencia, los tipos de ambigüedad y sus significados, la economía dramática, la alternancia entre diálogo y descripción, las condiciones de verosimilitud de lo fantástico, el peso y el valor del tema no son triviales para el difuso debate sobre el futuro de la novela.

Parte del interés de los cuadernos consiste en que sus notas son, por así decir, lecciones aplicadas sobre estos aspectos; no sólo porque vemos cómo James avanza, se desdice o duda en el tratamiento de una idea determinada, sino porque, una vez cerrada la discusión, podemos confrontarla con la obra definitiva y detectar los cambios obrados durante la redacción (casi siempre beneficiosos). Aparte de esto, un James íntimo, con el lápiz en la mano, deja a la vista, mientras fantasea, la topografía de sus obsesiones, su avidez, sus preferencias y sus aversiones. Pocas líneas, no obstante, se dedican a cuestiones personales, e incluso al juicio de otros; la sajona continencia de James sólo cede ante algunos fenómenos sociales que considera particularmente infaustos —la publicidad, por ejemplo—, o ante el desaliento que le causa su fracaso en el teatro. No hay tampoco aforismos o meditaciones; no hay ideas generales ni teoría.

Lo más patente es que la escritura de narrativa, el «arte de la novela» (en sus palabras), era para él destino, límite y urgencia incesante. La lección, así, no es únicamente técnica: ilustra una manera ejemplar de responder a una vocación. El sometimiento de James a sus propias exigencias parece acentuarse con los años; la práctica de la economía descriptiva, el aprendizaje de lo que llamaba «exposición fundamental», el dominio de la «presentación escénica», la costumbre de trabajar con un guión ceñido, claro y completo (son expresiones suyas), lo seguían preocupando, es ostensible, cuando ya había escrito las tres cuartas partes de su obra.

Entre el primer apunte relativo a *The Wings of the Dove* y la redacción de la novela median ocho años. En 1911, James trabaja en el problemático desenlace de un cuento abordado por primera vez más de una década atrás, a raíz de una historia que le había contado su cuñada Alice. Éstos son apenas dos ejemplos entre muchos, pero informan sobre ciertas tenacidades. Los temas de James pocas veces nacían de ideas abstractas («¿Qué hay en la idea de «*demasiado tarde*»?», se lee en una nota); de vez en cuando surgían de una lectura; pero casi siempre procedían de una anécdota oída en alguna reunión o susurrada por la señora X en una cena de sociedad. Cuando al final de su vida preparó una colección de obras escogidas, encabezó cada uno de los veintiséis volúmenes con un prólogo en donde a menudo se explica la génesis de las piezas. De estos prólogos y de los cuadernos se infiere que el germen —anécdota o *donnée*, en su expresión—era para él inapreciable porque fundamentaba el tema.

«La solidez del tema, su importancia y capacidad emocional son lo único en lo cual me es de decisiva utilidad esforzarme», leemos en el prólogo a *The Altar of the Dead*. «Todo lo demás se quiebra, se derrumba, se adelgaza, se arruina, lo traicióna a uno miserablemente.» Una vez establecido ese tema, de la observación de la vida James obtenía detalles que iba acumulando para alimentar la fábula; pues, además, «la solución real a la apremiante cuestión de la vida» radicaba en su opinión en «la batalla íntima con la idea particular, el tema, la posibilidad, el lugar». El repetido expediente de anotar el germen de una idea, expandirlo en la imaginación y trazar luego un libreto lo más ceñido posible conforma mayormente el monótono pero fructífero paisaje de estos cuadernos.

¿Corresponden ciertas virtudes de la obra de James a las encantadoras infidencias de las damas de su amistad? El propio James se encargó de hacer la defensa de la parte del artista. Esta defensa se encuentra en el prólogo a *The Spoils of Poynton*. Dice así: «Dado que la vida es toda inclusión y discriminación, en tanto el arte es todo discriminación y selección, el artista, en busca del duro *valor* latente que le concierne de modo excluyente, olfatea la masa con el preciso instinto de un perro que sospecha dónde hay un hueso enterrado. La diferencia aquí, sin embargo, estriba en que, mientras el perro desea su hueso sólo para destruirlo, el artista en su minúsculo trozo limpio de desagradables adherencias y tallado en sagrada aspereza, encuentra la materia misma para una clara afirmación, la más afortunada oportunidad para crear lo indestructible.»*Henry James Cuadernos De Notas* Página 4 de 218

Los cuadernos de notas de Henry James, que el autor decidió preservar cuando poco antes de morir destruyó muchos de sus papeles, se conservan en la Biblioteca de la Universidad de Harvard. En 1947, autorizados por los herederos del escritor, F. O. Matthiessen y Kenneth B. Murdock llevaron a cabo una pulcra y erudita edición del material, publicada por la Oxford University Press, de Nueva York. De esta edición (la segunda, fechada en 197O) nos hemos servido para la nuestra, beneficiándonos no sólo de la claridad del texto, sino de los comentarios y referencias de Matthiessen y Murdock, en general consultados para nuestras notas aclaratorias. En nuestro volumen, sin embargo, no figuran tres apéndices que reproducen manuscritos también hallados entre los papeles póstumos de James. El primero, bajo el título de *The K. B. Case* (en probable alusión a Katherine Bronson), resume una novela cuya redacción no superó las primeras páginas, pero los nombres de cuyos personajes coinciden con los de los protagonistas de *The Ivory Tower*, una de las dos obras que James dejó inacabadas. El segundo es una formulación «preliminar» del argumento de *The Sense of the Past* (la otra novela inconclusa), cuya redacción James había abandonado en 1900 y reemprendió en 1914. El tercero es una detalladísima discusión del plan de *The Ambassadors*. Porque ninguno de estos textos es en realidad un «cuaderno», y porque, además de ser extensos, deberían publicarse junto a las obras respectivas, hemos decidido no recogerlos en esta edición.

*****

Cuaderno I

(7 de noviembre de 1878 — 11 de marzo de 1888)

3 Bolton St., W., 7 de noviembre de 1878

—Un joven inglés, en viaje por Italia hace veinte años, conoce en alguna ciudad antigua —Perusa, Siena, Rávena— a dos damas, madre e hija, con las cuales mantiene cierta relación momentánea: la madre es una mujer serena, delicada, interesante, enternecedora, con una impecable educación —el retrato de una perfecta dama, de la vieja escuela inglesa, con un toque de tristeza en el conjunto; la hija, una muchacha bella, pintoresca y efusiva; generosa, ardiente, tierna incluso, pero bastante coqueta y con cierta carga de dureza. Respecto al incidente que constituye el contacto circunstancial entre Harold Stanmer y Bianca Vane —los nombres son acaso provisionales— puede imaginarse que el primero, embarcado en la realización de un boceto del pintoresco casco antiguo de la ciudad italiana, ha encontrado

que la figura de la muchacha se adapta a la composición y, puesto que ella está por ahí, le ha pedido cortésmente que se demore un momento y acepte ser incluida. Obtenido el consentimiento, hace un rápido apunte, que le regala. Así, en cierto modo se presentan; pero se separan sin preguntarse los respectivos nombres; ella, no obstante, ha provocado en el joven una considerable impresión, no exclusivamente grata.

2. Poco después Stanmer recibe una carta de un amigo íntimo, Bernard Longueville, quien le ruega que vaya a reunirse con él en Baden Baden (o algún otro balneario alemán), cosa que Harold se apresura a hacer. Ambos son viejos amigos —amigos muy íntimos. El interés de la historia dependerá en gran medida del hecho de que esta amistad es fuerte y profunda, y del contraste entre los dos caracteres. En efecto, son singularmente distintos. Ha de representarse a Harold como el de naturaleza compleja (hablando a grandes rasgos): el sutil, el refinado, el extravagante, el eminentemente moderno; siendo, por añadidura, cuatro o cinco años más joven. Longueville es más simple, más profundo, más masculino, más fácil de confundir, menos intelectual, menos imaginativo. Está muy influido por su amigo y tiene su opinión en

alta estima. La carta en la cual pide a Harold que vaya a verlo concluye con la confesión de que debe consultarle algo importante. Se ha de hacer notorio en Longueville cierto elemento rígido, formal —una deferencia inglesa hacia todas las convenciones y decencias de la vida; pero esto no debe resultar en absoluto despreciable o ridículo, pues uno ha de sentir que en el fondo su temperamento es rico y tierno y que, cuando se lo conquista una vez, se lo ha conquistado para siempre. Stanmer, al reunirse con él, encuentra que está con las dos damas que él mismo ha conocido en Italia —y que el tema sobre el cual desea consultarle se relaciona con ellas. En una palabra, Longueville está enamorado de Bianca Vane, pero en cierto modo forcejea con su pasión. Siente por la muchacha una indefinible desconfianza, al tiempo que se halla hondamente afectado. La ha pedido en matrimonio y ella lo ha rechazado; pero tiene motivos para creer que si vuelve a hacerlo lo aceptará. Longueville quiere saber qué opina Stanmer de ella y Stanmer está bastante desconcertado. Esta llamada por parte de Longueville sólo puede aceptarse como natural considerando el grado de simplicidad y rectitud del joven y la costumbre de depositar su fe en las impresiones y juicios del amigo. Stanmer y las dos damas, desde luego, se han reconocido, pero hasta allí ha llegado la cosa; ante Longueville él se limita a aludir al hecho de haberlas visto en Siena. Harold no menciona el episodio del retrato; por instinto natural, espera a que lo haga Miss Vane; y, al descubrir que ella no lo ha hecho, opta por callar. En conjunto, después de conocerla mejor, se inclina a no concederle sus simpatías; hay en ella algo que le desagrada. No obstante, se reserva el veredicto, y por supuesto no se da prisa alguna en hablar a su amigo en contra de ella. Acontece que de pronto requieren a Longueville en otro sitio; se ve obligado a viajar a Inglaterra. Le pide a Stanmer que en su ausencia permanezca junto a las damas, a fin de darles cuidado y protección; y añade que la ocasión será excelente para que Harold se forme una opinión de Miss Vane. Tras declarar que a su propio regreso espera conocerla, procede a marcharse. Harold acepta el encargo —algo remiso, pero interesado en la propuesta. Longueville se mantiene ausente tres semanas, y durante este lapso Stanmer procura estudiar a Bianca Vane. Las observaciones lo llevan a considerarla, cree, una coqueta —decidida a enredarlo en sus flirteos. Pienso que en este punto podría ser muy interesante señalar el grado en el cual Stanmer —curioso, imaginativo, especulativo, audaz, y sin embargo escrupuloso y muy convencido de su honradez— se permite *experimentar* con Bianca, intentar que ella se ponga en evidencia y,

en lo posible, lograr que se traicione. Considera que así ocurre —ella le deja una penosa impresión. Longueville regresa y —cándida, literalmente— le pregunta qué piensa de Blanche. Stanmer titubea; pero luego le revela la sencilla verdad. Piensa que es encantadora, interesante, pero peligrosa. Es falsa: ha intentado enredarlo. Como amigo, le cuenta lo que ha sucedido entre ambos. El relato afecta enormemente a Longueville —lo deja atónito.

—Pero a fin de cuentas —dice Stanmer—no fue literalmente una infidelidad, puesto que ella no te había dado palabra. Te había escuchado, pero para rechazarte.

Longueville lo mira un momento.

—Me había aceptado. Después de hablar contigo, la noche antes de marcharme, volví a proponerle el matrimonio. Entonces me aceptó.

Stanmer, considerablemente horrorizado: «Ah, ¿por qué no me lo dijiste?»

Longueville: «Me alegro de no haberlo hecho.»

Stanmer: «Ya, pero, amigo mío...»

Longueville, apartándose: «Lo siento.»

Y al día siguiente Stanmer se entera de que ha habido una ruptura; pero que la iniciativa la ha tomado Bianca, no Longueville. Éste no le da explicación alguna y Stanmer queda bastante alterado. El grupo se separa; Harold tiene, considerando todo, cierta compasión por Miss Vane; y la vaga sensación de que le ha hecho daño.

3. Se separan, como digo, y Stanmer se aleja tanto de Longueville como de las dos damas, quienes regresan a Inglaterra a vivir en el campo, recluidas, por una larga temporada. Transcurre el tiempo y la intimidad entre ambos hombres sufre una sensible decadencia. No se produce ruptura ni pelea, ningún cambio que sea reconocido; pero el hecho es que algo se ha interpuesto entre ellos y se ven mucho menos que antes. Tres o cuatro años después, por fin, Stanmer se entera de que Longueville está a punto de casarse. La boda se lleva a cabo —Stanmer se halla presente. A estudiar la figura de la novia —lo opuesto de Bianca. Un par de años más tarde, Harold oye, y tiene razones para creerlo, que la vida matrimonial de Longueville no es feliz —aunque no es por boca del mismo Longueville que lo sabe. Entonces sobreviene el gran golpe de la historia: Stanmer vuelve a encontrar a Bianca Vane —en Inglaterra— y se enamora violentamente de ella. Creo que esto puede resolverse de una forma a la vez muy impactante y muy natural. Ella es unos años mayor; sigue soltera; ha cambiado; está triste. El tiene la sensación de haber sido injusto; la encuentra terriblemente conmovedora. El casamiento de su amigo lo deja en libertad para abordarla, y ella lo escucha: lo acepta. En este momento, antes de que él haya tenido tiempo de comunicar la noticia a Longueville se enteran de que éste se ha separado de su mujer, que le ha sido cruelmente infiel; y casi de inmediato Longueville aparece. Se presenta; lo informan de que están a punto de casarse. Entonces, proveniente del pasado, se apodera de él un sentimiento de furia —prorrumpe en reproches contra Stanmer, a quien acusa de ser el más falso, el más traicionero de los amigos. En vano Stanmer aduce que ha actuado con integridad, que no fue con intenciones ulteriores o aviesas que predispuso a su amigo contra Miss Vane en Baden. En ese entonces no la amaba —todo ocurrió después, realizado ya el matrimonio de Longueville. Pero en Longueville el sentimiento de agravio —la fuerza del rencor—domina cualquier otro impulso; sigue protestando; *prohíbe* a Stanmer que se case. Revela que él siempre ha estado enamorado de Bianca —que nunca ha dejado de soñar con ella, de añorarla; que sólo la terquedad y la locura provocadas por el orgullo lo han llevado a consumar esa otra y desagraciada unión.

Stanmer: «¡Pero de todos modos, infortunadamente, estás casado! ¿De qué te serviría que yo renunciase a Miss Vane? No podrías casarte con ella.»

Longueville: «¿Que no podría? ¡Ya verás!»

—Tres días después aparece y les dice que está libre, que su esposa ha muerto. Es éste un punto terriblemente peligroso y delicado. Se permite suponer —no se aclara del todo—que él mismo ha sido el causante de esa muerte. (A determinar, con sumo cuidado las circunstancias del asunto.) Bianca entrevé la espantosa verdad y desde luego, horrorizada y perpleja, repudia a Longueville. Pero también, como algo casi inevitable, rompe con Stanmer y vuelve a sumirse en el retiro —en una vida religiosa. Stanmer queda con Longueville y su terrible secreto. Cuida de ambos. —La violencia de este desenlace, me parece, no lo descalifica. Creo que es posible hacerlo fuertemente dramático y natural. Hay, por supuesto, muchos detalles por estudiar, y aquí no he dicho nada del carácter de Blanche, que es de capital importancia.

[Sobre la base de este boceto James escribió *Confidence (Confianza)*, novela que concluyó hacia julio de 1879 y que de inmediato comenzó a aparecer, por entregas en el *Scribner's Monthly*. La historia, salvo por un final más acorde con el folletín sentimental de la época, sigue a grandes rasgos el guión original. Los nombres de los personajes, en cambio, sufrieron

considerables variaciones.]

Un apellido. Mrs. Portier.

Mrs. Bullivant —Mrs. Almond.

[Es notoria a lo largo de los cuadernos la preocupación de James por los nombres de sus personajes, la relación de esos nombres con los caracteres respectivos y su poder de sugerencia. A James —escribió Edith Wharton en *A Backward Glance*— «le agradaba la

magia de los nombres antiguos, extraños o magníficos, ásperos o melodiosos. Solía murmurarlos una y otra vez para sí en un suave canto, hasta crear personajes que se les adecuaran, y a veces familias enteras con sus complicaciones domésticas y sus alianzas matrimoniales, como los Dymme de Dymchurch, una de los cuales desposó a un Sparkle y fue madre de la pequeña Scintilla Dymme-Sparkle, sujeto de abundante mirto e innumerables anécdotas». James, por su parte, toca el tema en una carta incluida en el cuaderno II.]

12 de diciembre. A menudo se me ha ocurrido que el siguiente podría ser un planteo interesante. —Un hombre de cierta edad (digamos 48), que ha vivido y pensado, ve reproducida ante sus ojos una situación de su propia juventud y vacila entre la curiosidad de ver cómo se resuelve en este caso particular y el impulso de intervenir, a la luz de su experiencia, en provecho de los actores. Mortimer, por ejemplo, viaja al extranjero y en alguna ciudad encuentra a la hija de una dama —la condesa G.— a la cual conociera cuando tenía veinticinco años, estando de visita en la misma ciudad, y de la cual se enamorara. Ese episodio de juventud vuelve a él con peculiar viveza —la hija es una extraña, interesante reproducción de la madre. La madre fue una mujer peligrosa y lo enredó en sus flirteos; una inescrupulosa hechicera —una Circe apremiante— al filo de cuya abismal coquetería él tembló durante una hora; o más bien durante unos cuantos días. Tras una lucha denodada él se apartó, escapó del peligro y pudo respirar con mayor libertad. Luego lamentó enormemente su discreción —deseó haber llegado a saber cómo era amar a una mujer semejante. Tiempo después, con todo, ciertas cosas que oye lo llevan a pensar que la fuga fue afortunada. La condesa G. tiene una intriga con otro hombre, con el cual, en consecuencia, su marido se bate en duelo. El conde G. es asesinado y la condesa se casa con el amante. Ahora ella ha muerto —todo esto, para Mortimer, es sólo recuerdo. Pero la hija, como digo, se le parece intensamente y agita en la mente de Mortimer las simas del pasado. Es una bella y peligrosa seductora. Revoloteando en torno a ella Mortimer descubre a un joven inglés que obviamente está muy enamorado, y que a Mortimer se le antoja una suerte de réplica de él mismo a los veinticinco años —la imagen de su propia inocencia temprana— de su tímida y retraída pasión. El joven le interesa y observa el desarrollo de sus relaciones con la dama. Éstas, le parece, concuerdan en todos

los puntos con sus propias relaciones con la madre —de modo que al fin resuelve prevenirlo y abrirle los ojos.

(El boceto precedente fue desarrollado y quedó concluido el 17 de enero. — *The Diary of a Man of Fifty*.) [Esta historia fue publicada en *Harper's Magazine* y en *Macmillan's Magazine* en julio de 1879. El joven inglés, Edmund Stanmer, no se deja convencer y desposa a la condesa. El narrador se ve obligado a reconsiderar su pasado.]

*****

22 de enero. Tema para una historia de fantasmas.

Imagino una puerta —bien tapiada, bien hace largo tiempo bajo llave—, en la cual de vez en cuando se deja oír un golpe —un golpe que, puesto que el otro lado es inaccesible, sólo puede ser fantasmal. El ocupante de la casa o habitación que contiene la puerta se ha familiarizado con el ruido tiempo ha; y, considerándolo fantasmal, ha dejado de ponerle especial atención —ya que la presencia permanece más allá de la puerta y nunca se revela de otra forma. Pero cabe imaginar que esta persona tiene una preocupación grave y constante; y una segunda persona, que relata la historia, puede observar que los golpes se multiplican con cada nueva manifestación del problema. Fuerza la puerta y el problema desaparece —como si el espíritu hubiera deseado que lo admitiesen, para así lograr interponerse, redimir y proteger.

*

Otro tema del mismo tipo.

Una muchacha, desconocida para sí misma, es seguida continuamente por una figura que otras personas ven. Ella no tiene la menor conciencia del hecho —pero se teme que llegue a tenerla. La figura es la de un joven —y existe la teoría de que, el día que se enamore, acaso ella la perciba repentinamente. Muere su madre y, al hallar entre las cartas y papeles de ésta una vieja miniatura, el narrador de la historia descubre que la figura es la de un joven que ella había rechazado en otro tiempo, y que a raíz de ello se había suicidado. La muchacha se enamora, claro, y ve la figura. Acepta a su pretendiente ¡y nunca más vuelve a verla!

[James no desarrolló la primera de estas dos historias. La segunda, doce años más tarde, se concentraría en *Sir Edmund Orme*, incluido junto a otros cuentos de fantasmas en el volumen *The Altar of the Dead (El altar de los muertos*).]

18 de enero.

A. «¿No odias a los ingleses?

B. «Odiarlos... ¿Cómo?»

A. «¿No los odias como nación?»

B. «Odiar a una nación es oneroso. He comprado demasiadas acciones de la raza humana como para hacer algo así. No me lo puedo permitir. Me arruinaría.»

A. «¡Ah, si guías tus emociones por principios económicos...!

22 de enero. Según oí decir hace algún tiempo, Anthony Trollope sustentaba la teoría de que era posible criar a un niño para ser novelista, tanto como para cualquier otro oficio. Sobre este principio crió —o intentó criar—a su hijo, y el joven llegó a ser granjero en Australia. El otro día Miss Thakeray (Mrs. Ritchie) me dijo que ella y su esposo tenían la intención de criar de ese modo a su hija. De inmediato se me ocurrió (como se me ha ocurrido antes) que sobre esto se podría hacer una pequeña historia. Una dama de letras (endeble novelista), o bien un endeble hombre de letras —esto ha de determinarse— confiesa al narrador que esa es la intención que alberga respecto de su hijito o su hijita. Posteriormente el narrador, a lo largo de varios años, encuentra de vez en cuando a padre e hijo en distintas partes del mundo —dándose por supuesto que la peculiar educación del niño está en marcha. Al fin, cuando el niño ha crecido, hay otro vislumbre; el pretendido

novelista se ha entregado a alguna situación extremadamente prosaica, la cual constituye un comentario —una sátira de las encumbradas miras paternas.

[El tema volverá a mencionarse en la entrada correspondiente al 27 de febrero de 1889. Finalmente, catorce años después del primer apunte, James lo desplegaría en *Greville Fane*, un relato de 1892.].

&& 27 de enero. Un cuento basado en una situación, la siguiente: Henry Irving, el actor, rompió con los Bateman y se desembarazó de Isabel B. con el fin de montar *Hamlet* a gran escala y reemplazar a la pobre Isabel por Ellen Terry, una figura de mucho más lustre. Ellen Terry se presenta con inmenso *éclat* y la cosa resulta un éxito. Isabel se hunde en la oscuridad y es completamente olvidada. Cabe imaginar que Ellen Terry se enferma, y que de golpe Irving necesita una sustituta. En medio de la búsqueda le viene a la mente el nombre de Isabel B. —quien fue despedida y agraviada, presenció el triunfo de la otra y tuvo que rumiar su propia desgracia. Luego supongamos que, tras librar una breve batalla con su orgullo lastimado, ella responde a la llamada de Irving —sacrifica su rencor, se empequeñece— y retoma el papel en el cual Ellen T. la ha eclipsado tan rotundamente. El sacrificio es heroico —el de la más apasionada vanidad personal de una mujer. Motivos y revelación: que está

secretamente enamorada del gran actor. Estas *circunstancias* bien podrían cambiarse; aunque dispuesta de otro modo, la idea seguiría girando en torno a una clase especial de sacrificio realizado por una mujer, y sus razones.

27 de enero. Una historia relatada por medio de cartas alternativamente escritas por una madre y su hija, de modo que ofrezcan versiones totalmente distintas de la misma situación. Madre e hija están estrechamente unidas —nunca ha habido entre ellas ni la sombra de una diferencia. Ambas son de lo más suaves y refinadas, y cada una es sutil y decidida. Ambas son asimismo enormemente escrupulosas. La muchacha ama con fervor a un joven que también la ama —si bien no ha habido entre ellos confesión o declaración alguna. Al fin el joven comunica sus sentimientos a la madre y pide la venia para hacer la petición. La madre, que lo considera indeseable como partido, rehúsa dar su consentimiento, asegurándole que la chica no se interesa por él. El afirma que no es así —lo siente, lo sabe; pero la madre insiste en que ella conoce mejor a su hija, que la ha observado y estudiado; que la chica está absolutamente libre de inquietudes amorosas. Y a esto se aferra —resuelta y deseosa de creerlo. El joven escribe a la muchacha —tres veces; y la madre intercepta las cartas. La muchacha, que no sospecha nada de esto, alimenta su pasión secreta, en tanto, por orgullo y por modestia, conserva el exterior que confirma la teoría materna sobre su indiferencia. Actitud mutua de madre e hija, con el secreto en medio y a pesar de ello con el aparente afecto manteniéndose invariable. Sobre todo actitud de la hija, que no quiere *hacer sufrir* a su madre[1].

1 En diciembre de 1879 el periódico angloamericano *Parisian* publicó *A bundle of letters (Un manojo de cartas)*, relato que presenta una situación según las diversas perspectivas de varios personajes, pero no guarda relación alguna con el argumento aquí apuntado.

2 Frances Anne Kemble, actriz y escritora muy apreciada por James, tenía en 1878 sesenta y nueve años.

*****

21 de febrero. Anoche Mrs. Kemble[2] me contó la historia del compromiso de su hermano H. con Miss T. El joven H. K., subteniente en un regimiento de infantería, era muy apuesto («hermoso»), dijo Mrs. K., pero lujurioso y egoísta, y sin un penique a su nombre. Miss T. era una chica insulsa, simple y corriente, hija única del rector del King's College, de Cambridge, que poseía una atractiva fortuna privada (4.00O libras al año). Ella estaba muy

enamorada de H. K. y era de esa clase de naturaleza lenta, sobria y diligente tal que, cuando recibe una impresión, no la olvida nunca. Su padre desaprobaba firme (y justamente) el compromiso, y le informó que si se casaba con el joven K. no le dejaría un penique de su dinero. H. no estaba interesado en otra cosa que ese dinero; quería una esposa rica que le permitiese vivir a sus anchas y dedicarse a los placeres. Atribulada, Miss T. le preguntó a Mrs. K. qué le aconsejaba hacer —pues Henry K. daba por sentado que si ella se mantenía en sus trece y se unía a él, al poco tiempo el viejo doctor cedería y ellos se alzarían con la dote. (Era esta convicción lo que lo mantenía junto a ella.) Mrs. K. aconsejó a la joven que de *ninguna manera* se casase con su hermano. «Si en verdad tu padre cede y te conviertes en una mujer acomodada, será un buen marido, al menos mientras todo vaya bien. Pero si no es así, y tuvieras que ser pobre, tendrás una vida desgraciada. Pues mi hermano sería un compañero muy ingrato —descargaría en ti su desengaño y su frustración.» Miss T. reflexionó un tiempo; y luego enamorada como *Henry James Cuadernos De Notas* Página 10 de 218

estaba del joven, decidiódesobedecer a supadre y afrontar las consecuencias. H. K., con todo, había llegado entretanto a la conclusión de queno se debía contar con el perdón del padre—que su actitud era inamovibley que, de casarse, nunca verían el dinero. *Entonces*empeñó todo su esfuerzo en zafarse. Se alejó, se quitó de encima el compromiso, hizo que lamuchacha se apartara. Ella se sintió profundamente herida —se separaron. Pasaron unos años—el padremurió y ellaheredó sufortuna. Nunca recibió propuestas de otro hombre—ensecreto siempre siguió pensando en HenryK.—, pero de todos modos había resuelto permanecer soltera. K. anduvo por elmundo destinado a distintas basesmilitares, hasta que alfin, al cabo de diez años (o más), regresó a Inglaterra —todavía era un soldado apuesto,egoísta einsolvente. Sabiendo que MissT. aún lo quería, una de sus otras hermanas (Mrs. S.)intentó entonces rehacer el compromiso. Procuró lograr que Mrs. K. se le uniera en laempresa, pero ésta rehusó aduciendo que se trataba de una especulación innoble y que suhermano había enajenado todaaspiración a merecer la confianza de Miss T. Sin embargo,K.,bajo responsabilidad propia, volvió a dirigir sus atenciones a la dama. Ellalo rechazó —era demasiado tarde. Y no obstante lo quería, dijo Mrs. K., y no hubiera desposado a ningún otro hombre.Pero el egoísmo de H. K. se había extralimitado y así lo retribuía el tiempo.[3]

*Nombres.*Mrs. Parlour —Mrs. Sturdy—Silverlock —Dexter Frere —Dovedale.

En una historia, alguien dice:«Ah, sí, los Estados Unidos, un país sin soberano, sin corte, sinnobleza, sin ejército, sin iglesia ni clero, sin cuerpo diplomático, sin un campesinadopintoresco, sin palacios ni castillos, ni haciendas, ni ruinas, sin literatura, sin novelas, sin un Oxford o un Cambridge, sin catedrales niiglesias con hiedra, sin cabañas con celosías nitabernas de pueblo, sin sociedad política, sin deportes, sin cacería del zorro ni caballeroscampesinos, ¡¡sin un Epsom o un Ascot, un Eton o un Rugby...!!»[4]

*18 de marzo.*Lafigura de unamujer americana (en Londres)joven, encantadora, inteligente, ambiciosa y consciente de susméritos, inmensamente deseosa de entrar en sociedad,

peroimpedidaporun marido corriente, vulgar, *imposible*. Lucha—apela al ministro americano,etc. (Mrs. H. L.)

Un tema. El conde G.de Florencia (me contó Mme. T. la otra noche)se casó con unamuchacha americana, Miss F., para luego desatenderla en favor de otras mujeres, a quienes no cesaba de cortejar. Ella, que lo queríamucho, trató de consolarse coqueteando con otroshombres; pero no pudo hacerlo —no estaba en su temperamento—y se destrozó en el intento.Esto podría relatarse desde el punto de vista deuno de los hombres que ellaelije para su propósito, y a quien realmente ella leimporta. Sus caprichos, ausencias, preocupaciones, etc. Su manera mecánica y compulsiva de comportarse, su tristeza. Luego ella repentinamentequebrada, revelando el horror que siente por él—y él, entretanto, inocente y devoto.

*Apellidos.*Dainty—Slight —Cloake —Beauchemin—Lord Demesne.

[3]Esposiblequeestospersonajessirvierandepuntodepartidaalosde*WashingtonSquare*,publicadaentrejunioydiciembrede188Oporla*CornhillMagazine*.

4

Estepasajecasitextualmente—faltael«campesinadopintoresco»peroseañade:«sinmuseos,sincuadros»—seríaincorporadoporJamesasuestudiobiográficodeNathanielHawthorne.

Descripción de una situación o incidente en una alternancia de cartas, escritas desde un punto de vista aristocrático unas y desde uno democrático otras. Ambos ilustrados y sinceros.[5]

5 Es el tema de *The Point of View (El punto de vista)*, cuento escrito durante una visita que James hizo a Estados Unidos en 1881.

Nombres. Osmond — Rosier — Mr. y Mrs. Match — Nombre para esposo en *R. de D.*: Gilbert Osmond — Raymond Gyves — Mrs. Gift — Nombre en «Times»: Lucky Da Costa — Nombre en Knightsbridge: Tagos Shout — Otros nombres: Couch — Bonnycastle — Theory —Cridge —Arrant —Mrs. Trippet —Noad.

R. de D. Después del casamiento de Isabel hay *cinco* entregas más, y el éxito de la historia íntegra depende de lo bien que se conduzca este trozo. Aprovechémoslo pues al máximo —imaginemos lo mejor. En la primera parte ha habido escasez de acción, y eso puede repararse aquí. Pienso que los elementos que quedan son en sí mismos muy interesantes, y sólo necesitan que se los combine con fuerza y acierto. La debilidad de la historia toda radica en el hecho de ser exclusivamente psicológica —en que depende demasiado poco del incidente; pero el despliegue completo de la situación determinada por el casamiento de Isabel puede ser, no obstante, suficientemente dramático. La idea del asunto es que la pobre muchacha, que ha albergado sueños de libertad y nobleza, que ha hecho algo, está convencida, generoso, natural, lúcido, se encuentra en realidad atrapada en la prensa misma de lo convencional. Tras un año o dos de matrimonio aflora el antagonismo entre su naturaleza y la de Osmond —la abierta oposición entre un carácter noble y uno mezquino. Hay aquí harto que hacer en una breve extensión; cada palabra, por lo tanto, debe decir —cada toque debe tener importancia. Si las cinco últimas partes de la historia aparecen apretadas, el defecto será más bien valioso comparado con la acaso excesiva dilatación del trecho anterior. Isabel despierta de su dulce engaño —¡ah, cuánto arte se requiere para que este engaño resulte natural!— y se encuentra cara a cara con un esposo que ha acabado por engendrar odio hacia sus superiores cualidades. Estos hechos, sin embargo, no son suficientes de por sí; la situación ha de estar señalada por acontecimientos importantes. Uno de tales acontecimientos es el descubrimiento de la relación que ha existido entre Osmond y Madame Merle, el descubrimiento de que se ha casado con el amante de Madame Merle. Madame Merle, en una palabra, es la madre de Pansy. Edward Rosier llega a Roma, se enamora de Pansy y quiere desposarla; pero Osmond se opone al casamiento, aduciendo que Rosier carece de medios suficientes. Isabel apoya a Pansy —advierte que Rosier será para ella un marido excelente, tierno y devoto—, pero Osmond veta tajantemente la idea.

Llega a Roma Lord Warburton se encuentra con Isabel y le declara que está resignado, que ha conseguido aceptar la realidad del casamiento de ella y que, por su parte, ahora está también dispuesto a casarse. Traba conocimiento con Pansy, queda encantado con ella y al fin le dice a Isabel que le gustaría hacerla su esposa. Isabel está casi atónita, pues desconfía de este sentimiento de Lord Warburton; y el lector debe intuir que desconfía con razón. El sentimiento mismo es asunto espinoso. Hasta cierto punto es sincero; pero en el fondo, y sin que él lo sepa, lo que impulsa realmente a Lord Warburton es el deseo de estar cerca de Isabel, en quien ahora ve a una mujer decepcionada e infeliz. Esto es lo que Isabel ha percibido; presiente que será cruel para con Pansy, peligroso para ella misma, autorizar un matrimonio tal —en favor del cual, no obstante, existen tan grandes alicientes materiales que ella no puede oponerse abiertamente. Su posición es de lo más difícil, pues si le ruega a Lord Warburton que desista estará delatando la aprensión que siente por él, cosa

que precisamente desea evitar. Además, teme perjudicar a Pansy. Madame Merle, mientras tanto, ha entrevisto el estado de ánimo de Warburton y recoge con entusiasmo la idea de que se case con la chica. Pansy está muy enamorada de Rosier —no desea para nada casarse con Lord W. Tanto se convence Isabel de esto que al fin llega a sentirse absuelta de la consideración de sus perspectivas con Lord W., trata a éste con tal frialdad que él comprende la vanidad de su esperanza y se retira de la escena, sin haber prestado, por cierto, atención directa a Pansy, a quien en modo alguno se le puede acusar de haber dado calabazas. Madame Merle, furiosa por esta retirada, acusa a Isabel de haberlo disuadido por celos, porque en otro tiempo fue su amante y quiere guardarlo sólo para sí; y continúa oponiéndose al matrimonio con Rosier porque las atenciones de Lord Warburton la han persuadido de que Pansy puede conseguir algo mucho más brillante. Isabel toma a mal la intervención de Madame Merle, le pregunta qué tiene ella que ver con Pansy. Ante lo cual Madame Merle, en cuyo pecho se ha ido enconando durante años el reprimido instinto maternal, y está inflamadamente celosa de la influencia de Isabel sobre Pansy, prorrumpe en el grito de que solamente ella tiene derecho —de que Pansy es su hija. (A establecer más adelante si la revelación es hecha por la misma Mme. Merle, o bien por la condesa Gemini. A muchos efectos sería mejor que la hiciese esta última; y sin embargo, así me pierdo una «gran escena» entre Madame Merle e Isabel.) En cualquier caso, todo este asunto de Madame Merle es (al igual que el estado de ánimo de Lord W. respecto a Pansy) muy peliagudo —muy delicado y difícil de manejar. Tornar natural el hecho de que ella haya podido inducir el casamiento de Isabel con su viejo amante —esto constituye de por sí una dificultad suprema. No se trata, de todos modos, de una imposibilidad, pues creo sinceramente que es una cuestión natural. Su antiguo interés por Osmond se conserva, aunque modificado; desea hacer algo por él, y lo hace a través de otro. Eso, me parece, es perfectamente natural. Más extraña aparece su conducta en relación con Pansy; pero debemos recordar que sólo estamos viendo la superficie —no el razonamiento. Isabel tiene dinero, y Mme. Merle confía grandemente en su benevolencia, en su generosidad; descarta que pueda ser una madrastra severa, y cree que impulsará la carrera de una muchacha que ella, por su parte, es incapaz de reconocer y no se atreve a favorecer abiertamente. A todo esto Osmond se pierde un poco en el fondo —pero uno debe retener la sensación de la exquisitamente desdichada repugnancia de Isabel. Han pasado tres años —tiempo

suficiente para despertar. La mundanidad de él, su profundo esnobismo, su falta de generosidad, etc.; el odio que siente por ella cuando se da cuenta de que lo juzga, que condena moralmente gran parte de cuanto la rodea. La turbiedad del aire; los amantes de la condesa Gemini etc. Por supuesto, ha de reaparecer Caspar Goodwood, y Ralph, y Henrietta; también, por un momento, Mrs. Touchett. La impotente visión que Ralph tiene de la honda infelicidad de Isabel; la determinación de la mujer de no mostrarle nada y la incapacidad de él para ayudarla. Este será un elemento fuerte de la situación. A Pansy la envían de vuelta al convento, para apartarla de Rosier. Caspar Goodwood llega a Roma porque sabe a través de Henrietta que Isabel es desdichada, e Isabel lo aleja. Por una carta, proveniente de Gardencourt, ella se entera de que Ralph está allí muy enfermo, que de hecho se está muriendo. (La carta será de Mrs. Touchett, que se encuentra junto a él; o incluso estaría bien que fuese un telegrama; expresa el deseo de Ralph de verla.) Isabel le dice a Osmond que quiere ir; Osmond, celoso y repulsivo, se lo prohíbe; e Isabel, profundamente desconsolada y confundida, titubea. Entonces Madame Merle, quien desea que ella haga un *coup de tête*, que deje a Osmond, y se aleje así de Pansy, le confiesa su convencimiento de que fue Ralph quien indujo a su padre a dejarle las 70.00O libras. Isabel, pues, violentamente afectada y vencida, parte sin más hacia Inglaterra. Se reúne con Ralph en Gardencourt y encuentra que también están allí Caspar Goodwood y Henrietta: es decir, en Londres. Muerte de Ralph —regreso de Isabel a Londres, una entrevista con Caspar G.— La apasionada confesión de él; le suplica que regresen juntos a América. Ella, conmocionada, siente la fuerza desatada de su devoción —a la cual nunca ha *Henry James Cuadernos De Notas* Página 13 de 218 hecho justicia; pero se niega. Parte de nuevo hacia Italia —y su partida es el clímax y la conclusión de la historia.

*

Me parece que con pulso firme puede conseguirse que todo resulte muy verdadero, muy poderoso, muy conmovedor. Desde luego, la crítica obvia será que no está terminado —que no he acompañado a la heroína hasta el fin de su situación, que la he dejado *en l'air*. Esto es cierto y al mismo tiempo falso. Nunca se cuenta *todo* sobre una situación; sólo se puede abordar aquello que tiende a agruparse. Lo que he hecho posee esa unidad: se agrupa. En sí mismo está completo —y el resto puede abordarse o no más adelante.

No estoy seguro de que no sea mejor no completar en ningún momento el desvelamiento de Mme. Merle, y sobre todo no hacer que se denuncie. Esto redundaría fuertemente en contra de la impresión que pretendo dar de su profundidad, su autocontrol, su preocupación por las apariencias. Acaso baste con que Isabel crea el hecho en cuestión —a consecuencia de lo que le ha dicho la condesa Gemini. Entonces, cuando Madame Merle le cuenta lo que Ralph ha hecho por ella en otro tiempo —se lo cuenta con la mencionada intención de precipitar su ruptura con Osmond—, Isabel puede retribuirla con el secreto de la condesa G. Madame Merle lo negará —pero lo negará de tal modo que Isabel sepa que está mintiendo; y *entonces* Isabel puede partir.— La última entrega (octubre) a transcurrir íntegramente en Inglaterra. Ya sobre el final Caspar Goodwood va al hotel Pratt, y le dicen que Mrs. Osmond se ha marehado la noche anterior. Después, ese mismo día, se encuentra con Henrietta, quien tiene la última palabra —pronuncia la última línea de la historia: una característica caracterización de Isabel.[6]

6 La entrada precedente, que no lleva fecha, marca un intervalo de más de un año en el recurso de James a su cuaderno. *The Portrait of a Lady (Retrato de una dama*), la más ambiciosa de las novelas de la primera época de James, fue iniciada en la primavera de 188O, en Florencia, y quedó concluida en el verano de 1881, cuando una buena parte del material ya había aparecido por entregas tanto en el *Macmillan's Magazine* como en el *Atlantic Monthly*. Los capítulos posteriores al casamiento de Isabel Archer fueron finalmente seis.

17 de enero de 1881. Ayer oí aludir a un asunto en la historia de Mme. de Sévigné que me sugirió el germen de un relato. Mrs. Ritchie (Thackeray), que ha estado escribiendo un librito sobre ella, mencionaba la indecorosa conducta que adoptó al alinearse con su hija contra la pobrecita *demoiselle de Grignan*, a quien estaban obligando a recluirse en un

convento porque el padre, siendo ella menor, había dilapidado todos sus bienes y se negaba a rendir cuentas. (Lo más probable es que fuera el padrastro: no lo recuerdo.) Esto me sugirió una situación; lamentablemente tendrá que entrar en el convento, que está bastante trillado. El guardián o tutor de la muchacha —puede ser un familiar lejano— tiene a su cargo los bienes de ella por cierto tiempo y los malversa en beneficio propio, de modo que, cuando ella está en edad, es imposible entregárselos o rendir un informe honrado de su tutoría. El hombre intenta hacerla entrar a un convento (lo cual, de todos modos, no lo libraría realmente de entregar los bienes), a fin de desembarazarse de ella y del peligro de que arme un escándalo. Para su sorpresa — *Henry James Cuadernos De Notas* Página 14 de 218

aunque tiene justificados motivos para creer que ella presiente suinfidelidad (ella ha de seraún menor de edad)—ella consiente dócilmente —con una peculiar especie de tristeza ydulzura que lo conmueve. A tal extremo —tan enternecedoras son la falta de rencor de ella ysu presteza para perdonarlo—que, almezclarse con la sensación de haberle hecho daño,producen en la mente de él una gran conmoción, de la cual resulta la súbita conciencia de que se ha enamorado de lamuchacha. Entonces intenta impedir que ella dé el paso, que se retiredelmundo; suplica e implora que desista. Pero ella, con lamismaternura, con lamismatristeza,mantiene su decisióny se aleja de él para siempre. Luego él descubre que lo habíaamado y que su amorla había llevado a perdonar el daño que le causara,y a renunciar acualquier reparación. Pero el deshonroso acto de él también la hizo avergonzarse de su pasióny desear enterrarse en la clausura.[7]

18 de enero de 1881.Mrs. T., residente en América (Newport, digamos), tiene un hijo joven,soltero, listo y egoísta que se obstina en vivir en Europa y a quien, por lo tanto, sólo vealargos intervalos. El prefiere la vida europea y se toma muy a la ligera las obligacionesfiliales. Ellaviaja averlo de vez en cuando pero, pormiedo a aburrirlo, no se atreve aestablecerse definitivamente cerca de él. Porfin,con todo, él vuelve al hogar a hacer unavisita breve,y todo lo que ella desea es convencerlo de que se quede unosmeses. Tiene razones para creer que la tranquilidad de la casa cansará mucho al joven;y afin de aumentarel atractivoinvita a una muchacha —familiar distante, de otro lugar del país—a vivir con ellauna temporada. No tiene elmenordeseo de que el hijo se enamore seriamente de la chica;yno cree que vaya a ocurrir—teniendo en cuenta que él es de temperamento frío y volátilymantiene una relación con cierta mujer extranjera.Simplemente piensa que la casa se volverámás agradable con la presencia de la chica, y su hijo se quedarámás tiempo. Que*ella*quizássea la sacrificada —es decir, que *ella*pueda llegar a interesarse demasiadopor el hijo—esuna idea que no está dispuesta a considerar. Llegael hijo, durante una semana esmuyamable —luego se aburremuchoy damuestras de querermarcharse. Sin embargo, instado por lamadre, se demora un tiempomás,y entonces sí que empieza a interesarse por la chica. Ella,que es por demásinteligentey observadora, se ha percatado del papel que le han endilgado y,poco después, se hartay decidemarcharse. Entretanto el hijo se ha

enamorado gravemente;vatras la muchacha, deja a la madre sola y pasa eltiempo restante de su estancia en Américareclamando infructuosamente el afecto de la joven—demodo que, como justa retribución, lamadre pierde también la compañía de él. La chica lo rechaza y él, presa del disgustoylainquina, regresa a Europa, donde se casa con la otrapersona, lamencionada antes, ¡y deja a lamadre lamentándose!—El temaes bastante trivial, pero creo que algo puede hacerse. Si eldesenlace sugerido pareciera demasiado cruel, podría imaginarse que alfin la muchachaaccede a la pasión del hijo y se casa con él, siendo así la separación de la madre menoscompleta. La historia podría contarse enforma de diario de la madre.[8]

[7] El«germen»retornaaloscuadernosel3Odemayode1883.Seríautilizadoparauncuento:*Theimpressionsofacousin(Impresionesdeunaprima*).

8

EnelcuentoqueJamesescribióen1884apartirdeesteboceto—*ANewEnglandWinter*(UninviernoenNuevaInglaterra)—,Florimond,hijodeMrs.Daintry,noseenamoradelajovenRachelTorrance,sinodeunaprimadeéstaMrs.Mesh,conlocuallahistoriacambianotablemente.Jameslaconsideraba«nomuybuena»,perocapazdeofrecer«ciertaimpresióndeBoston».

El cuaderno I continúa con una entrada del 22 de diciembre de 1882. Entretanto, James había iniciado, en noviembre de 1881, un segundo cuaderno, que siguiendo la edición de Matthiesen reproducimos a continuación. Las notas del cuaderno I que quedan pendientes se incluyen, así, en el cuaderno II, tras la correspondiente al 11 de noviembre de 1882.

Cuaderno II

(25 de noviembre de 1881 — 11 de noviembre de 1882)

Brunswick Hotel, Boston, 25 de noviembre de 1881

Si escribiese aquí todo aquello que podría escribir, rápidamente llenaría este cuaderno aún sin mancha, comprado en Londres hace seis meses pero no abierto hasta ahora; tanto tiempo hace que no tomo notas, no apelo a una libreta cualquiera, no escribo mis

reflexiones corrientes, no me sirvo de una hoja de papel para vertir, por así decirlo, mis secretos. Mientras tanto tal cantidad de cosas han ido y venido, tal cantidad que ahora es demasiado tarde para apresarlas, reproducirlas, preservarlas. He dejado pasar demasiadas por haber perdido, o más bien por no haber adquirido, el hábito de tomar notas. Podría serme de gran provecho; y ahora que soy más viejo, que tengo más tiempo, que la tarea de escribir me resulta menos onerosa y puedo hacerlo más libremente, debería esforzarme por guardar, hasta cierto punto, un registro de las impresiones pasajeras, de todo aquello que va y viene, que veo, y siento, y observo. Apresar y conservar algo de la vida —a eso me refiero. Aquí estoy de vuelta en América, por ejemplo, después de seis años de ausencia, con posibilidades de ver y aprender muchas cosas que no deberían convertirse en materia de desperdicio. Aquí estoy, *da vero*, y lo más probable es que aquí permanezca por cinco meses. Me alegro de haber venido —fue una medida sabia. Necesitaba ver de nuevo a *les miens*, reavivar las relaciones con ellos y las consecuencias que esas relaciones pueden acarrear. Tales relaciones, tales consecuencias, son parte de la vida, y la mejor vida, la más completa, es la que toma muy en cuenta esas cosas. Esto sólo puede conseguirlo uno viendo a su gente de vez en cuando, estando con ellos, entrando en sus vidas. Desde otro punto de vista sostengo que para mí no era necesario venir a este país. Tengo 37 años, he hecho mi elección y Dios sabe que no me sobra tiempo que perder. He elegido el Viejo Mundo —lo he elegido, lo necesito, es mi vida. No me es preciso discutir hoy sobre el tema; para mí es una inestimable bendición, y una suerte no usual, que el problema se haya liquidado hace mucho, y que no me quede más que actuar sobre esas bases. —Mis impresiones aquí son exactamente lo que esperaba, y no veo el paisaje o percibo las maneras, la raza, el tono de las cosas, ahora que estoy sobre el terreno, con mucha más viveza que cuando aún me hallaba en Europa. Mi trabajo está allí —y con este vasto mundo nuevo *je n'ai que faire*. Uno no puede hacer las dos cosas —uno debe elegir. A ningún escritor europeo se le pide que asuma una carga tan terrible, y me parece cruel que me lo exijan a mí. La carga es necesariamente más pesada para un americano —porque, en mayor o menor grado, aun sólo por inferencia, *debe* tratar con Europa; mientras que ningún europeo está obligado a tratar con América en absoluto. Nadie soñará siquiera en calificarlo de menos completo por no hacerlo. (Hablo, desde luego, de quienes hacen la clase de trabajo que hago yo; no de economistas, o de gente de las ciencias sociales.) El pintor de costumbres que se

desentienda de América no por ello estará incompleto hoy en día; pero de aquí a cien años (de aquí a cincuenta años quizá) lo estará sin duda. Al fin y al cabo, sin embargo, no escribiré aquí mis impresiones de *Henry James Cuadernos De Notas* Página 16 de 218

América. No necesito escribirlas (al menos no *à propos* de Boston); sé muy bien lo que son. En muchos sentidos son extremadamente placenteras; pero, ¡el Cielo me perdone! «Tengo la sensación de estar perdiendo horriblemente el tiempo!

*

Es demasiado tarde para recuperar todas esas impresiones perdidas —las de los últimos seis años— de las que hablé al principio; además, no es que se hayan perdido del todo, sino que están bien enterradas en mi mente, se han hecho parte de mi vida, de mi naturaleza. Al mismo tiempo, si no tuviese nada que hacer, podría consentirme un repaso que resultaría interesante e incluso fructífero —una mirada hacia atrás sobre todo lo que me ha sucedido desde que dejé mi orilla nativa. Podría recordar con nitidez y no me cabe duda de que, si me tomara el trabajo, llegaría a expresarme con sobrada alegría. Podría recordar sin esfuerzo con qué irresistible ansiedad marché a Europa, con qué ardientes y sin embargo tímidas esperanzas, con qué indefinidas pero inspiradoras intenciones me alejé de *les miens*. Recuerdo perfectamente la maduración, durante el verano de 1875, de mi pequeño plan para viajar de nuevo al extranjero y quedarme muchos años; verano cuyo último tramo pasé en Cambridge. Se me ocurrió allí, al regresar de Nueva York, donde había soportado un invierno brillante, frío, poco remunerador y falto de interés, concluyendo *Roderick Hudson* y escribiendo para el «Nation». (Fueron estas dos tareas las que me mantuvieron con vida.) Había vuelto de Europa el año anterior, a comienzos de septiembre del 74, en un barco que me depositó en Boston con Wendell Holmes y su esposa como compañeros de viaje. Había vuelto para «tantear Nueva York», convencido de que mi deber era intentar vivir en casa antes de envejecer, y no dar excesivamente por sentado que la única posibilidad era Europa; sobre todo porque, entonces, Europa significaba para mí simplemente Italia, donde había vivido algunas horas de gran desaliento, y a la cual, encantadora y deseable como era, no veía como residencia permanente que presentase alguna salida. Yo quería algo más activo, y volví a buscarlo en Nueva York. Volví con una buena provisión de escepticismo pero con intenciones muy leales, y extremadamente presto a «interesarme». Como digo, me interesé pero con reparos, y en seguida decidí cuál sería la secuela del experimento. De ningún modo fue igualmente rápido, no obstante, que entreví cómo lograría cruzar de nuevo el Atlántico. Pero por último se me presentó la oportunidad —se alzó ante mí un día de verano, en Quincy St. Lo mejor que entonces era capaz de imaginar consistía en sentar mi

residencia en París. Marché a París, pues (el barco zarpó hacia el 2O de octubre de 1875), y me instalé con la idea de pasar allí varios años. No era lo que realmente quería; lo que yo quería era Londres —y París era solamente una parada. Pero en esa época Londres se me antojaba imposible. Estaba convencido de que era mejor llegar allí en la plenitud de mis años, pero toda clase de obstáculos dificultaba entonces el proyecto. Ahora, a la luz de mi actual conocimiento de Inglaterra, me asombra muchísimo que esos obstáculos me parecieran tan enormes, tan abrumadores y deprimentes. Cuando un año más tarde fui a examinarlos realmente de cerca, se desvanecieron por completo. Pero aquel año en París no fue un año perdido —al contrario. Camino hacia allí pasé algo así como una quincena en Londres, hospedado en el Story's Hotel, en Dover St. Era noviembre —oscuro, brumoso, lleno de barro y de lluvia— y yo a duras penas conocía en la ciudad algún ser humano. No recuerdo haber llamado a nadie más que a Lady Rose y a H. J. W. Coulson, con quien fui a almorzar a Petersham, cerca de Richmond. Y pese a ello la gran ciudad me parecía encantadora, y hubiera dado el meñique a cambio de quedarme en vez de seguir hasta París. Pero marché a París, y durante un año viví en el 29 de la Rue de Luxembourg (ahora Rue Cambon). No haré el intento de narrar la historia de aquel año —me limitaré a decir que en modo alguno desperdicié el tiempo. Aprendí a conocer París y los asuntos franceses mucho mejor que antes, y establecí con la

urbe cierta familiaridad (sumada a la que había adquirido en otro tiempo) que ya nunca perderé. Escribí cartas al «New York Tribune», de las cuales, por pobres que fuesen como material, puedo decir que eran demasiado buenas en cuanto a su propósito (por supuesto, no tuvieron éxito). Aquel invierno vi mucho a Charles Peirce —cuya cualidad de hombre de genio me reconcilió con su costado intolerable. En primavera, en casa de Madame Turgueniev, conocí a Paul Joukowsky. *Non ragionam di lui —ma guarda e passa.* Ni hablar de Ivan Turgueniev, el más delicioso y adorable de los hombres, ni de Gustav Flaubert, a quien siempre me alegraré tanto de haber conocido; un temperamento poderoso, serio, melancólico, viril, profundamente corrompido y sin embargo nada corruptor. Había en él algo que me atraía fuertemente, y él era conmigo muy gentil. Estaba muy por encima de los demás, los hombres que los domingos por la tarde veía en su casa —Zola, Goncourt, Daudet, etc. (Como hombre quiero decir, no como conversador, etc.) Recuerdo en especial una tarde en que fui a verlo (un día de semana) y lo encontré solo. Estuvimos sentados largo rato; algo lo indujo a repetirme un poemita de Th. Gautier: *Les Vieux Portraits* (lo que lo indujo a repetirlo fue que habíamos estado hablando de poetas franceses y él había expresado su preferencia por Théophile Gautier por sobre Alfred de Musset —*il était plus français*, etc.). Aquel invierno fui a menudo a la Comédie Française —aunque no tanto como durante mi estadía en París del año 72; en aquella época había ido todas las noches, o casi todas. Y desde entonces he estado muchas veces. Puedo decir que conozco la Comédie Française. Por supuesto que frecuenté bastante el pequeño «escenario» americano —la aldea americana enclavada *en plein Paris*. Todos fueron muy amables, muy amistosos, hospitalarios, etc.; hasta cierto punto conocían su París. Pero eran inefablemente agotadores e inaprovechables. Frecuentarlos se había convertido en una suerte de obligación y aquello tuvo mucho que ver con mi repentina decisión de abandonar los planes de residencia indefinida, huir a Londres y establecerme allí en las mejores condiciones que pudiera. Recuerdo bien lo criminal que le pareció la idea a Mrs. S.; y a una o dos personas a quienes yo era del todo ignorante de haber conferido el derecho a juzgar tan íntimamente mis pasos. Nada es más característico de ciertas mujeres americanas que la extraordinaria celeridad con que se adjudican tal derecho. Recuerdo cómo, de cien maneras, París había llegado a cansarme y disgustarme; yo no podía escapar del detestable París americano. Además odiaba los bulevares, la espantosa monotonía de los barrios nuevos. Advertía, para colmo,

que iba a ser un eterno marginado. Me marché a Londres en noviembre de 1876. Diría que aquel verano lo había pasado esencialmente en tres lugares: Etretat, Varennes (con Lee Childes) y Biarritz —o más bien Bayona, donde me refugié al no poder encontrar hospedaje en Biarritz. Luego, a fines de septiembre, estuve una corta temporada en St. Germain, en el Pavillon Louis XIV. Estaba acabando *The American (El americano)*. El episodio más agradable de aquel verano fue (de lejos) mi visita a los Childes; a quienes me había presentado la querida Jane Norton; quienes fueron sumamente amables conmigo durante el invierno; y quienes siguen siendo muy buenos amigos míos. Varennes es un pequeño *castel* fosado de las más pintorescas características, situado a pocas millas de Montargis, *au coeur de l'ancienne France*. Recuerdo bien la impresión que tuve al llegar —veníamos de Montargis con Edward Childe en una cálida tarde de agosto y llegamos al lugar en la vaga luz del crepúsculo, que le daba el preciso aspecto de un *décor d'opéra*. Más tarde he vuelto otras veces, y sigue siendo delicioso; pero en esa época yo no tenía la considerable experiencia que tengo ahora en visitas campestres en Inglaterra; no había visto tantas otras cosas maravillosas. Por lo tanto Varennes me despertó una exquisita sensación —un recuerdo que nunca me abandonará. Volví a instalarme en París —o intenté hacerlo (me gusta demorarme en estos detalles y recuperarlos uno por uno); no tenía intención de marcharme. Pero en la Rue de Luxembourg surgieron dificultades —no pude recuperar mi antiguo apartamento, que durante el verano había dejado. No recuerdo qué fue lo que me llevó a decir súbitamente: «Anda, probaré en Londres.» Creo que tuvo bastante que ver una *Henry James Cuadernos De Notas* Página 18 de 218 carta de William, en la cual decía: «¿Por qué no lo haces? Ese debe de ser el lugar.» A veces una sola palabra de fuera nos toca más (al menos me toca más a mí) que la misma palabra infinitamente multiplicada en forma de simple voz interior. *Claro* que probé, y el éxito que obtuve superó la medida de mis más fervientes anhelos. Como creo haber escrito hace poco, la ciudad me ha llegado a gustar apasionadamente; es mi fondeadero de por vida. Heme aquí, sentado a garrapatear en mi habitación de un hotel de Boston —¡sobre una mesa de mármol!— y consciente de una nostalgia feroz —¡una nostalgia que me hace contemplar el día en que vuelva a ver los blancos acantilados de la vieja Inglaterra, irguiéndose a través de su bruma nativa, como uno de los más felices de mi vida! La historia de los cinco años que he pasado en Londres —prenda, imagino, de muchos años venideros— es demasiado larga y demasiado plena

como para escribirla. Aquí sólo puedo echarle un vistazo. Me alojé en el 3 de Bolton Street, en Piccadilly; y allí he permanecido hasta hoy —allí he dejado, esperando mi regreso, las escasas posesiones terrenales que tengo. Allí he vivido mucho, sentido mucho; el pequeño y raído apartamento amueblado debería ser sagrado para mí. Llegué a Londres siendo un extraño absoluto y hoy conozco a demasiada gente. *J'y suis absolument comme chez moi*. Semejante experiencia constituye una educación —refuerza el carácter y tonifica la mente. Es difícil hablar de Londres ecuánime o apropiadamente. No es un sitio placentero; no es agradable, ni jovial, ni fácil, ni inmerecedor de reproches. Apenas es magnífico. Se puede confeccionar una lista descomunal de razones por las cuales debería resultar insoportable. Las brumas, el humo, la suciedad, las tinieblas, la humedad, las distancias, la fealdad, las brutales dimensiones, la horrible profusión de la sociedad, la manera en que esta insensata desmesura es fatal para la afabilidad, para el provecho, para la conversación, para los buenos hábitos —sobre todo esto y mucho más podría uno explayarse. Podría tildarse a la ciudad de deprimente, pesada, estúpida, insulsa, inhumana, vulgar en el fondo y fastidiosa en lo aparente. Algunas veces he sentido estas cosas con tal intensidad que he llegado a decir: «Ah, Londres, ¿entonces tú también eres imposible? Pero son explosiones pasajeras; y para alguien que la toma como yo, Londres constituye en conjunto la forma de vida más aceptable. Yo la tomo como artista y hombre soltero; como un apasionado de la observación, cuyo oficio es el estudio de la vida humana. Londres es en este aspecto la mayor aglomeración existente —el más acabado compendio del mundo. Allí la raza humana se encuentra mejor representada que en cualquier otro lugar, y si uno aprende a conocer su Londres estará aprendiendo muchísimas cosas. Todo esto lo intuía ya en aquel otoño de 1876 en que decidí tomar hospedaje en Bolton Street. Tenía muy pocos amigos, era la estación más oscura y húmeda del año; pero yo me hallaba en un estado de intenso regocijo. Gozaba de una libertad total, y de la perspectiva del trabajo productivo; solía hacer largas caminatas bajo la lluvia. Tomé posesión de Londres; sentía que era el lugar adecuado. Podía conseguir libros ingleses: me acostumbré a leerlos por las noches, frente a un fuego inglés. Ahora me sería difícil explicar cómo fue pero poco a poco empecé a conocer gente, a cenar fuera, etc. Yo no era capaz de hacer, ni hice, nada para que las cosas ocurrieran así; más bien todo sucedió por sí mismo. Llevaba muy pocas cartas —me daban miedo. Tres o cuatro de Henry Adams, tres o cuatro de Mrs. Wister, de las cuales, si mal no

recuerdo, solamente presenté una (a George Howard). El pobre Motley, que murió unos meses más tarde, y para quien yo no tenía *ninguna clase* de misiva, me envió una invitación para el Ateneo, que se vio renovada a lo largo de varios meses y demostróse una inefable bendición. Una vez que uno se inicia en el mundo londinense (y se preocupa por él lo bastante, como hice yo, a fin de resultar agradable, como hice yo) *cela va de soi,* la cosa avanza con velocidad siempre creciente. Permanecí en Londres todo el verano siguiente —hasta el 1 de septiembre; luego me marché a pasar unas seis semanas en París que estaba algo vacía y muy encantadora, y fui mucho al teatro. De allí viajé a Italia, donde permanecí casi todo el tiempo en Roma (tenía en Capo le Case un apartamentito repleto de sol). Regresé a Inglaterra antes de Navidad y pasé en Bolton Street los nueve meses siguientes más o menos. *Henry James Cuadernos De Notas* Página 19 de 218 La cuestión del club se había tornado seria y difícil; era indispensable pertenecer a uno, pero desde luego no lo había conseguido. Gracias a la gentileza de Gaskell (y a la de Locker, creo) frecuenté por un tiempo el Traveller's; luego, durante un buen período, el St. James', donde podía pagar una cuota mensual. Por último, he olvidado cuándo exactamente fui elegido para el Reform, creo que hacia abril de 1878. (Me había propuesto F. H. Hill y C. H. Roberts me apoyaba: o viceversa. Fue un excelente golpe de suerte, y desde entonces el club ha significado para mí un beneficio de primer orden. Sin él no hubiera podido quedarme en Londres, y he llegado a tomarle un intenso afecto; es un sólido vínculo local. Ahora sólo puedo enumerar someramente los hitos del resto de mi residencia en Londres. En el otoño de 1878 fui a Escocia, principalmente para conocer Tillypronie. (Después haría una corta visita a Gillesbie, la casa de Mrs. Rogerson en Dumfriesshire.) Era aquél mi primer viaje a Escocia, país que me causó una gran impresión. El año siguiente, 1879, viajé una vez más al extranjero —aunque no sólo a París. Durante todo agosto estuve en Londres escribiendo mi librito sobre Hawthorne, y el 1 de septiembre crucé a París y allí permanecí hasta pocos días antes de Navidad. Nuevamente me alojé en la Rue de Luxembourg, si bien en otra casa, un pequeño y delicioso *entresol entre cour et jardin* que, sin embargo, tuve que abandonar pocas semanas después dado que me lo habían cedido a plazo fijo. Me trasladé entonces a un apartamento de la Rue St. Agustin (de Choiseul y d'Egypte), donde me albergaba cuando se produjo la gran nevada de aquel año, que será recordada por mucho tiempo. Fue en octubre cuando volví a visitar Varennes; había hecho, a fin de ver algo más

de Francia, otros planes que no pude llevar a cabo. Pero trabajé ingentemente: acabé el malhadado librito sobre Hawthorne, concluí *Confidence (Confianza)*, comencé a escribir *Washington Square*, escribí *A Bundle of Letters (Un puñado de cartas*). Al igual que, según creo, hiciera el año anterior, aquella Navidad fui a casa de Ch. Milnes Gaskell (Thorne). En primavera marché a Italia —en parte para huir de la «temporada», que había llegado a aterrorizarme. No podía apartarme del bullicio (me había convertido en un avezado concurrente a cenas, etc.), y sus interrupciones, sus recurrencias, sus fatigas, además de ser horriblemente fastidiosas, tornaban el trabajo extremadamente difícil. Pasé en Florencia, pues, un par de meses, durante los cuales hice una breve escapada a Roma y a Nápoles, adonde no había vuelto desde mi primer viaje a Italia en 1869. Estuve tres días en Posilipo con Paul Joukowsky, y un par de días solo en Sorrento. Como siempre, Florencia se mostraba divina, y frecuenté la compañía de los Bootts. En aquel exquisito Bellosguardo del Hotel de l'Arno, en una habitación situada al frente, en aquel hondo retiro, comencé el *Portrait of a Lady (Retrato de una dama)* —es decir, retomé y rehice un viejo comienzo escrito largo tiempo atrás. Regresé a Londres para encontrarme con William, quien llegó a principios de junio y pasó un mes conmigo en Bolton St. antes de cruzar al continente. Durante el verano y el otoño aquéllos, *tant bien que mal*, trabajé en mi novela, que empezó a aparecer en Macmillan en octubre de 188O. Aunque no mucho, salí algunas veces de Londres —a Brighton, detestable en agosto, a Folkestone, a Dover, a St. Leonard, etc. Intenté trabajar de firme e hice muy pocas visitas. Tenía la idea de venir a América durante el invierno e incluso saqué billete; pero lo devolví. William regresó de fuera y antes de embarcarse rumbo a casa estuvo unos días más conmigo. Yo pasé tranquilamente en Londres noviembre y diciembre, enfrascado en el *Portrait*, que, puesto que escribía dos veces cada parte, avanzaba a ritmo sostenido, pero lento. Hacia Navidad viajé a Cornwall para visitar a John Clark y los suyos, y luego a ver a los Pakenham que ocupaban (y aún ocupan) la Casa de Gobierno de Plymouth. (El día de Navidad, por cierto, lo pasé en casa de los

La cuestión del club se había tornado seriay difícil; era indispensable pertenecer a uno, pero desde luego no lo había conseguido. Gracias a la gentileza de Gaskell (y a la de Locker, creo)frecuenté por un tiempo el Traveller's; luego, durante un buen período, el St. James', dondepodía pagar una cuotamensual. Por último, he olvidado cuándo exactamentefui elegido para el Reform, creo que hacia abril de 1878. (Me había propuesto F. H. Hilly C. H. Robertsmeapoyaba: oviceversa. Fue un excelente golpe de suerte,y desde entonces el club ha significado paramí un beneficio de primerorden. Sin él no hubiera podido quedarme en Londres, y hellegado atomarle un intenso afecto; es un sólido vínculo local. Ahora sólopuedo enumerar someramente los hitos del resto demi residencia en Londres. En el otoño de1878 fui a Escocia, principalmente para conocer Tillypronie. (Después haría una cortavisita aGillesbie, la casa de Mrs. Rogerson en Dumfriesshire.) Era aquélmi primerviaje a Escocia,país queme causó una gran impresión. El año siguiente, 1879, viajé una vezmás al extranjero —aunque no sólo a París. Durante todo agosto estuve en Londres escribiendo milibrito sobreHawthorne, yel 1 de septiembre crucé a Parísy allí permanecí hasta pocos días antes de Navidad. Nuevamenteme alojé en la Rue de Luxembourg, si bien en otra casa, un pequeño ydeliciosoe*ntresol entre cour et jardin*que, sin embargo, tuve queabandonar pocas semanasdespués dado que melo habían cedido a plazo fijo. Me trasladé entonces a un apartamento dela Rue St. Agustin (de Choiseuly d'Egypte), dondeme albergaba cuando se produjo la grannevada de aquelaño, que será recordada pormucho tiempo. Fue en octubre cuando volví avisitar Varennes; había hecho, afin de ver algo más de Francia, otros planes que no pudellevar a cabo. Pero trabajé ingentemente: acabé elmalhadado librito sobre Hawthorne[9], concluí*Confidence (Confianza)*, comencé a escribir*Washington Square*, escribí *A Bundle ofLetters (Un puñado de cartas*). Al igual que, según creo, hiciera el año anterior, aquellaNavidadfui a casa de Ch. Milnes Gaskell (Thorne). En primavera marché a Italia —en partepara huir dela«temporada», que había llegado a aterrorizarme. No podía apartarme delbullicio (me había convertido en un avezado concurrente a cenas, etc.), y sus interrupciones,sus recurrencias, susfatigas, además de ser horriblementefastidiosas, tornaban el trabajoextremadamente difícil. Pasé en Florencia, pues, un par de meses, durante los cuales hice una breve escapada a Roma y a Nápoles, adonde no había vuelto

desde mi primer viaje a Italia en1869.Estuve tres días en Posilipo con Paul Joukowsky, y un par de días solo en Sorrento. Como siempre, Florenciasemostraba divina, y frecuenté la compañía delos Bootts. En aquelexquisito Bellosguardo del Hotel del'Arno, en una habitación situada alfrente, en aquelhondo retiro, comencé el*Portrait of a Lady(Retrato de una dama)*—es decir, retomé yrehice un viejo comienzoescrito largotiempo atrás. Regresé a Londres para encontrarme conWilliam, quien llegó a principios de junio y pasó un mes conmigo enBolton St. antes decruzar al continente. Durante elverano y el otoño aquéllos, *tant bien quemal*, trabajé enminovela, que empezó a aparecer en Macmillan en octubre de 188O. Aunque no mucho, salíalgunas vecesde Londres—a Brighton, detestable en agosto, a Folkestone, a Dover, a St. Leonard, etc. Intenté trabajar de firme e hice muy pocas visitas. Tenía la idea de venir aAmérica durante el invierno e incluso saqué billete; pero lo devolví. Williamregresó defueray antes de embarcarse rumbo a casa estuvo unos díasmás conmigo. Yo pasé tranquilamenteen Londres noviembreydiciembre, enfrascado en el*Portrait*, que, puesto que escribía dosveces cada parte, avanzaba a ritmo sostenido, pero lento. Hacia Navidad viajé a Cornwall paravisitar a John Clark y los suyos, y luego a ver a los Pakenham que ocupaban (y aún ocupan) laCasa deGobierno de Plymouth. (El día de Navidad, por cierto, lo pasé en casa de los

9

ElHawthorne,publicadoen1879,desatóenardecidascríticas,debidassegúnJames,sobretodo,alhechodequelavidadeNuevaInglaterraeracalificadaenélde«pueblerina».

Pakenham —donde hubo una brillante cena militar a la cual llevé a Elizabeth Thompson [Mrs. Butler], la pintora de temas

castrenses: una mujer amable, complaciente y muy sorda.) Cornwall estaba encantador, y el querido Sir John me obsequió con un largo paseo hasta Penzance y luego al Land's End, donde pasamos la mañana del primero de año —una suave mañana húmeda, con el enorme Atlántico acometiendo serenamente el punto más extremo de la vieja Inglaterra. (Un poco más arriba me equivoqué al decir que había ido *primero* a ver a los Clark. En realidad fui a su casa desde Devonport.) Regresé a Londres por unas semanas y luego, una vez más, marché al extranjero. Quería alejarme de la muchedumbre, del barullo, de todos los enredos e interferencias de la vida londinense; y llevar tranquilamente a término mi novela. Así

pues, planeé trasladarme a Venecia. Partí el 10 de febrero y regresé a mediados del siguiente julio. En París siempre he de pagar peaje —es imposible pasar de largo. Me detuve allí quince días, que no disfruté en exceso. Luego me dirigí al sur de Francia, a Avignon, Marsella, Niza, Menton y San Remo, lugar este último en el cual tuve oportunidad de vivir tres semanas encantadoras, la mayor parte de las cuales gocé de la animada compañía de Mrs. Lombard y Fanny L., quienes vinieron desde Niza a pasar una quincena. Allí trabajé soberbiamente, lo cual me hizo muy feliz. Por las mañanas solía dar un paseo entre los olivos, por las colinas situadas detrás de la aldea negruzca y escarpada. Es extraordinaria la dulzura

que efunden esos viejos caminos pavimentados que se alzan arriba por detrás de San Remo, trepando y serpenteando entre la luz crepuscular de los olivares. Abajo y a lo lejos se hallaban los profundos barrancos de cuyas laderas colgaban aldeas antiguas, y un mar azul que reverberaba a través del follaje gris. Fanny L. solía venir conmigo —disfrutaba tanto que era un placer invitarla. Volvía a la posada a tomar el almuerzo (es decir, la comida) y a la tarde escribía unas tres o cuatro horas. Luego, antes de la cena, daba otro paseo a la luz del ocaso. Nos acostábamos temprano pero yo solía leer hasta altas horas. Un día hermoso hice con los Lombard una excursión encantadora hasta la extraña y antigua aldea

montañesa de Ceriana. Nunca lo olvidaré; es una de esas cosas que uno recuerda; las magníficas, claras colinas entre las cuales subíamos más y más; muy abajo, el largo valle que se deslizaba hacia el mar; el brillante Mediterráneo crecientemente pálido a medida que íbamos ganando altura; la espléndida quietud, la luz infinita, las hileras de olivos, los pueblos marrones horadados por la senda de carros, en la cual el vehículo se inclinaba hasta golpear los quicios de las puertas. Después de aquello pasé diez días en Milán, trabajando en mi relato y sin hablar apenas con un alma viviente; Milán estaba fría, sosa y menos atractiva de lo que me había resultado antes. De allí me dirigí directamente a Venecia, en donde permanecí hasta

fin de junio —entre tres y cuatro meses. Sería muy largo ocuparme ahora de aquello; y, con todo, no puedo evitar detenerme. Fue un período maravilloso; una de esas cosas que no se repiten; tenía la impresión de haber rejuvenecido. La adorable primavera veneciana llegó y se fue, trayendo consigo una infinitud de impresiones, de horas deliciosas. Creció en mí un apasionado amor por el lugar, la vida, la gente, las costumbres. A veces me preguntaba si no sería una idea feliz establecer allí un pequeño *pied-à-terre* que se pudiera conservar para siempre. Visité apartamentos desamoblados; me imaginé regresando todos los años. Y *regresaré*; pero no todos los años. Herbert Pratt estuvo un mes en la ciudad y lo vi

con tolerable frecuencia; solía hablarme de España del Este, de Trípoli, de Damasco; hasta que se me empezó a antojar que la vida quedaría *manquée* si uno no atinase a conocer algo de aquello. Era un tipo de lo más singular, de lo más interesante, y sin duda lo pondré en una novela. Ni siquiera creo que le importe si el retrato es o no reconocible. Ver tierras pintorescas sólo porque vale la pena, y sin hacer de ello uso alguno —eso, para él, constituye una pasión; pasión de la cual uno experimenta el contagio si vive un tiempo junto a él (un tiempo digo, no mucho). Me comunicó la nostalgia del sol, del sur, del color, de la libertad, de ser dueño de sí, de hacer absolutamente lo que a uno le plazca. «Conozco un lugar lleno de sol», solía decir, «bajo la muralla sur de Toledo.

Crece allí una higuera salvaje; yo he estado tumbado en la hierba, con *Henry James Cuadernos De Notas* Página 21 de 218 mi guitarra. Había un arriero que tocaba música, etc.». Recuerdo que una tarde me llevó a una extraña y pequeña taberna, sólo frecuentada por gondoleros y *facchini*, en un apartado rincón de Venecia. Bebimos un moscatel excelente; había descubierto el lugar y se encontraba allí como en su casa. Otra noche fui con él a sus habitaciones —casi donde acaba el Gran Canal, mirando al Rialto. Era una noche calurosa; del Canal llegaban los gritos de los gondoleros. Tomó un par de libros persas y me leyó pasajes de Firdousi y de Saadi. Con Herbert Pratt pueden hacerse montones de cosas. Con todo, no era sino una pequeña parte de

mi Venecia. Me alojé en la Riva, 4161, *quarto piano*. La vista desde mis ventanas era una *bellezza*; la laguna centelleando a lo lejos, los muros rosados de San Giorgio, la curva descendente de la Riva, las islas lejanas, el movimiento en el muelle, el perfil de las góndolas. Allí, diligente, escribí todos los días y acabé, o virtualmente acabé, mi novela. Como digo, era una vida encantadora; a veces me parecía demasiado improbable, demasiado festiva. Por la mañana salía —primero al Florian, a desayunar; luego a tomar mi baño en el Stabilimento Chitarin; más tarde vagaba, mirando pinturas, la vida callejera, hasta el mediodía, momento en que iba al Café Quadri por mi verdadero almuerzo. A continuación trabajaba hasta las seis —o en

ocasiones sólo hasta las cinco. En este último caso tenía tiempo de pasear una o dos horas en *gondole* antes de la cena. Por las noches caminaba por ahí, iba al Florian, escuchaba música en la Piazza y dos o tres veces a la semana acudía a casa de Mrs. Bronson. Era un recurso, pero el *milieu* resultaba en exceso americano. Ya muy avanzaba la primavera, llegaría desde Roma Mrs. V. R., quien se convertiría en un recurso más valioso. Un día fui con ella a Torcello y Burano, en el primero de los cuales sitios tomamos un refrigerio y almorzamos sobre un adorable canal. Hacia finales de abril bajé hasta Roma para pasar una quincena —durante parte de la cual me vi postrado por uno de esos terribles ataques que sufre mi cabeza. Pero Roma estaba

preciosa; vi mucho a Mrs. V. R.; hice con ella varias excursiones hermosas. Recuerdo una, en particular, un domingo espléndido, hasta más allá del Ponte Nomentano. Dejamos el coche y, después de vagar por el campo, nos sentamos un rato a descansar. La exquisita inmovilidad, el horizonte divino me devolvieron desde un tiempo para mí enterrado toda la indecible, incomparable impresión que Roma me causara (1869, 1873). Regresé a Venecia por Ancona y Rimini. Desde Ancona hice una excursión a Loreto y, aprovechando la ocasión, a Recanati, a ver la casa de Giacomo Leopardi, cuyas cartas infinitamente conmovedoras había estado leyendo durante mi estancia en Roma. El día era espléndido y la

excursión pintoresca; pero no me permitieron entrar a la casa de Leopardi. Conocí, no obstante, el melancólico pueblecito en las colinas donde pasó tantos años de su vida, rodeado por un marco de fascinante belleza y una extraña, brillante soledad. Conocí las calles —conocí los paisajes que él miraba... Era muy poco lo que podía haber cambiado. Solamente una noche me demoré en Rimini, donde entablé conocimiento con un guardia de lo más amable, que parecía encantado de conversar con un *forestiero* y recorrió conmigo todo el lugar (era un atardecer de domingo). Pasé cerca de *Urbino*: esto es, pasé por una estación desde donde de haber bajado a pernoctar, a la mañana siguiente hubiese podido llegarme hasta Urbino. ¡Pero no me

detuve! Si un mes atrás me hubieran contado algo semejante, lo habría repudiado por demencial. Pero mis argumentos eran sólidos. Estaba tan nervioso a causa de la interrupción del trabajo que cada día perdido era una desgracia, de modo que me apresuré a regresar a Venecia y a mi manuscrito. En junio, sin embargo, volví a ausentarme brevemente —hice un giro de cinco días por Vicenza, Bassano y Padua. Tres de esos días los pasé en Vicenza —fue maravillosamente grato; la vieja Italia, y el viejo sentimiento que ella despertaba. Aun se mantiene vívida en mi memoria la tarde en que llegué, cuando fui andando hasta la plaza y, a la puerta de un *caffé*, me senté a la cálida sombra, rodeado por las losas suaves del viejo

pavimento, el gran palacio, el alto *campanile* al otro lado, etc. Era tan dulce, tan tierno, tan sereno, tan afable, tan italiano; muy poco movimiento, apenas el extinguirse del día resplandeciente, la noche de verano aproximándose. Antes de marcharme de Venecia el *Henry James Cuadernos De Notas* Página 22 de 218 calor se había hecho intenso, los días y las noches igualmente imposibles. Por fin partí, y un episodio feliz quedó cerrado; pero era mucho lo que llevaba conmigo.

*

Fui directamente hasta el lago de Como en busca del Splügen; tan sólo pasé una noche magnífica (con la mañana siguiente) en Cadenabbia. Subí al Splügen bajo un cielo esplendente, y nunca olvidaré la sensación de ir subiendo, a medida que caía la noche, hacia el fresco, puro aire alpino (una vez comenzó el ascenso me puse a caminar sin descanso), mientras detrás se alejaba el sofocante *calidarium* de Italia. Cierto vaso de leche bebido aquella tarde, muy arriba, al anochecer (me lo había traído, en un hostal a la vera del camino, una mujer que acababa de ordeñar la vaca), lo recordaré siempre como la ráfaga más celestial que haya pasado por mis labios. Sin hacer paradas me dirigí a Lucerna a ver a Mrs. Kemble, quien ya se había marchado a Engelberg. Estuve un día en el lago, haciendo el *giro*; hacía un tiempo soberbio, y Suiza parecía más generosa de lo que yo había osado imaginar. Fui a Engelberg y pasé casi una semana con Mrs. Kemble y Miss Butler en ese valle torvo, desolado, algo vacío pero de ninguna manera cabalmente feo. Gocé de un día gratísimo en compañía de Miss Butler —subiendo al Trübse en direción al Paso de Joch. El Trübse es un pequeño lago del color del acero, situado en un fresco valle a los pies del Titlis, cuyas vastas nieves de plata brillante lo iluminan desde arriba. El lugar entero era un yermo de la rosa alpina —y la quietud de la montaña, el esplendor del clima, la belleza del paisaje causaban una imprsión imborrable. Nos acompañó un hombre que llevaba el almuerzo; y lo compartimos en el frío de una pequeña posada. La jornada toda me devolvió el recuerdo de los viejos días en Suiza; nunca había pensado que pudieran revivir con tal vigor.

*

Nueva York, 115 East 25th Street, 2O de diciembre de 1881

El otro día en Boston tuve que interrumpirme —las intromisiones *matinales* son aquí intolerables. Este lapso del día no posee un ápice de la santidad social que se le concede en Inglaterra, y que lo conserva singularmente libre de interferencias. A la gente —por la cual aludo a las mujeres—le importa muy poco pedirle a uno que vaya a verla antes del almuerzo. Por supuesto que uno puede negarse, pero cuando son muchas las proposiciones de esa clase que aparecen, cierta cantidad se sale con la suya. Por lo demás tengo todo tipo de cosas que hacer, en su mayoría poco dignas de memoria. He estado tres semanas en Nueva York, todo el tiempo se me ha escurrido en mero movimiento. Como de costumbre

procuro consolarme con la reflexión de que voy captando impresiones. Y es muy cierto; he acumulado muchas. Hice bien en venir; valía la pena. Algunas páginas más atrás me consentí caer en meditaciones que en parte eran consecuencia de un estado de ánimo melancólico. Pero puedo hacer algo aquí —no todo son complicaciones. Sin embargo, no es de esto que he de hablar primero ahora que vuelvo a tomar la pluma —sobre estas cuestiones volveré más adelante. Me gustaría concluir brevemente el pequeño repaso de los años recientes que dejé inacabado en la página anterior.

*

Regresé de Suiza para reunirme con mi hermana Alice quien se hallaba en Inglaterra desde hacía un mes y a la cual vi de inmediato en el Star and Garter, en Richmond. Pasé allí tres días con ella, y más tarde volví a encontrarla en Kew; luego viajé con el mismo objeto a Svenoaks y a Canterbury, en cada uno de los cuales me quedé una noche. Durante julio y

agosto llevé a cabo varias visitas. Una de ellas a Burford Lodge (a la casa de Sir Trevor Lawrence), en cuya ocasión resultaría memorable cierta caminata que (un domingo por la tarde) emprendimos por los campos del Deepdene, un paraje inglés artificial pero para mí enormemente subyugante y sugestivo —pleno de reminiscencias foráneas; la clase de sitio que de modo natural hubiera construido un inglés de hace ochenta años luego de haber hecho el gran *tour* y recalado en Italia. Fui a Leatherhead, y fui dos veces a Mentmore. (En una de estas ocasiones se encontraba allí Mr. Gladstone.) Me llegué a ver a Fredk. Macmillan en Walton-on-Thames y disfruté de unos encantadores momentos junto al río. Luego bajé hasta Somerset y pasé una semana en Midelney Place, la casa de Lady Trevelian. Es la marca que me dejó esta visita la que desearía que no se borrase por completo. Fue harto delicada (no la visita, sino la impresión que me causó el campo); me mantuvo como en un sueño por todo el tiempo que permanecí en el lugar. Se me antojaba muy al viejo estilo inglés; reinaba en todo un sentimiento peculiarmente terso y antiguo. Somerset no es especialmente bello; he visto escenarios ingleses mucho mejores. Pero creo que nunca me he sentido más *penetrado* —nunca he amado tanto la tierra. Fueron las viejas casas las que me embrujaron —Montacute, la admirable; Barrington, la soberbia Abadía de Ford, y muchas otras más pequeñas. En los largos días de agosto, enclavadas en el sur de la atmósfera inglesa, en el suelo sobre el cual tanto ha acontecido y que tanto ha dado, esas deliciosas construcciones antiguas se elevaban ante mí como una serie de apariciones. Pensé en cientos de cosas. ¿Adónde va a parar lo que uno piensa en momentos así? Hemos de esperar que no se pierda; se cobija en la mente para enriquecerla y ornarla. Pensé en historias, en dramas, en toda la vida pretérita —en cosas de las cuales difícilmente se puede hablar; hablar, quiero decir, en el momento. Es el arte el que las nombra; y esta idea me hace adorarlo más y más. Una casa como Montacute, tan perfecta, con su personalidad gris, sus jardines de antaño, sus acumulaciones de expresión, de tono —una casa así es realmente, *au fond*, una imagen imborrable; se puede confiar en que en el futuro vuelva a alzarse ante los ojos. Pero aquello en lo que pensamos con una suerte de *serrement de coeur* es la emoción efímera-y-perdida con la cual en su momento nos detuvimos a contemplarla. La imagen acaso revivirá; pero *aquello* es parte del pasado.

*****

Cambridge, 26 de diciembre

Puesto que Wilky[10] ha viajado desde el Este (por primera vez en varios años) para verme, he venido a esta ciudad el 23 para pasar la Navidad. Heme aquí escribiendo, sentado en la vieja sala de estar trasera que solíamos ocupar con William, y que ahora utilizo yo solo —o a veces con el pobre Wilky, a quien no había visto durante unos once años, y que se mantiene estupendamente inalterado para tratarse de un hombre cuya vida no ha discurrido fácil. El largo intervalo se esfuma, y los bordes de la grieta «vuelven a unirse» transcurrido cierto lapso. Vuelve a mí el aire de esa época más joven en que me sentaba a emborronar, a soñar, a trazar proyectos, a otear el mundo en el cual debía buscar mi suerte y a sufrir los tormentos de mi maldito estado de salud. Era una época de padecimientos tan agudos que el hecho podría teñirlo por entero con sus oscuros matices; pero no es así como pienso hoy. Una vez nos hemos librado de la carga del dolor, cobran vida reminiscencias y emociones tan numerosas como los pequeños insectos que se afanan cuando, en el campo, uno quita de su sitio una piedra chata. La mala salud, el sufrimiento físico, constituyen en los años jóvenes una prueba dolorosa; pero no estoy seguro de que en ese momento no la soportemos con más facilidad. Pese a ella sentimos la alegría de la juventud; y es eso lo que hoy me viene a la mente entre

10 Garth Wilkinson, hermano menor de James. *Henry James Cuadernos De Notas* Página 24 de 218 las cosas que me recuerdan el pasado. La frescura de la sensibilidad y el deseo, la esperanza, la curiosidad, la vivacidad, el sentido de la riqueza y misterio del mundo que se alza ante nosotros —hay en todo ello un hechizo para aplacar el cual es necesaria una fuerte dosis de dolor y que más tarde, aunque nos llegue el éxito, no nos toca tan de cerca. De las dosis de dolor que me correspondieron, algunas fueron muy arduas; algunos de mis días y años, terriblemente ásperos. Pero todo eso es sagrado; es ocioso escribir sobre ello ahora.

*

Lo que acude a mí libre, placenteramente, es la visión de aquellos años inexpertos. Nunca un pobre muchacho tuvo más; nunca estuvo joven ingenioso alguno más apasionado y, no obstante, más pacientemente anhelante de lo que podía traerle la vida. Ahora que la vida ha aportado algo, una considerable parte de lo que entonces soñaba, resulta conmovedor mirar atrás. Entonces sabía al menos lo que quería —ver algo de mundo. He visto buena parte, y es a la luz de este conocimiento que contemplo el pasado. Lo que me asombra es la cualidad definitiva, certera de aquellos anhelos. En gran medida, quería hacer lo que he hecho, y ahora el éxito, si así puedo llamarlo, tiende atrás una mano tierna hacia su hermano menor, el deseo. Recuerdo los días, las horas, los libros, las estaciones, los cielos de invierno y las umbrías habitaciones del verano. Recuerdo las viejas caminatas, los viejos esfuerzos, los viejos júbilos y depresiones. Recuerdo más de lo que hoy puedo decir aquí.

*

El otro día, en Nueva York, tuve que volver a detenerme por fuerza: intentaba concluir la pequeña historia del año pasado. No hay mucho que añadir. De Midelney regresé a Londres para encontrarme con Alice, y pasé con ella diez días muy agradables de finales de agosto. Londres es para mí un deleite en esa época, cuando los horrores de la estación ya se han agotado en sí mismos y las largas tardes arrojan una templada luz grisácea sobre el West End desierto. Un deleite, también, era ver cómo lo disfrutaba *ella* —cuán interesante era el efecto de la enorme ciudad apacible. Londres es en esos momentos apacible; he ahí la palabra. Y luego fui a Escocia —a Tillypronie, Cortachy, Dalmeny, Laidlawstiel. Estaba pensado que el viaje de regreso enlazaría con una visita a Castle Howard; pero me retracté debido a la muerte de Lord Airlie. No puedo internarme en todo esto; hubo algunos momentos maravillosos y, como había ocurrido antes, Escocia me causó una fuerte impresión. Lo que tal vez me haya conmovido en mayor grado fue el trayecto que hice al anochecer desde Kirriemuir hasta Cortachy; aunque más tarde, transitando el camino a la luz del día, comprobé que era bastante corriente. En el tardío crepúsculo escocés, en el aire punzante, se tornaba romántico; al menos fue romántico vadear el río a la entrada de Cortachy, subir por las avenidas mortecinas rumbo a la muy iluminada mole del castillo; donde Lady A., al oír el estruendo de las ruedas en la grava (yo llegaba con retraso) asomó

su bella cabeza a una ventana de la torre del reloj, preguntó si era yo y me deseó una noche placentera. Yo estaba en una novela de Waverley.

Luego mi excursión a Glamis (con ella); y mi excursión (con Miss Stanley) al castillo de Airlie, ¡fascinante lugar! Dalmeny es delicioso, una imponente masa boscosa se alza a orillas del Forth y el clima, mientras estuve allí, fue el más delicioso que me haya tocado conocer en las islas británicas. Pero la compañía no era interesante, y en el baile celebrado en Hopetoun para celebrar la mayoría de edad del heredero, al que acudimos todos, hubo bastante aburrimiento. El heredero, no obstante, era encantador, y conformaba una bonita imagen del joven noble que se apresta a ocupar su lugar en sociedad: apuesto, cultivado, galante, airoso, con 40.00O libras al año y el mundo a sus pies. Laidlawstiel, situado sobre una colina desnuda entre colinas, justo por encima del Tweed, se encuentra en el centro del país de *Henry James Cuadernos De Notas* Página 25 de 218 pero el marco y la región son los mismos, y la cosa me pareció profundamente atractiva. Lo retrotraía a uno al pasado. Mientras me alojaba con los Reay cogí una de las novelas de Scott: *Redgauntlet*; hacía años que no leía ninguna. Siempre les encuentro cierto encanto —pero la endeblez de R. me dejó perplejo: *l'enfance de l'art*.

WalterScott. Una hennosa tarde Reayyyo fuimos a pie hastaAshestiel; hay tan sólo unahora de camino. La casaha cambiado grandemente desde los tiempos del«Sheriff»;[11] pero elmarco y la región son losmismos, y la cosame pareció profundamente atractiva. Lo retrotraíaa uno al pasado. Mientrasme alojaba con losReay cogí una delas novelas de Scott:*Redgauntlet*; hacía años que no leía ninguna. Siempre les encuentro cierto encanto —pero la endeblez de R. me dejó perplejo:*l'enfance de l'art*.

*

En este preciso momento tengo un solo sentimiento —el deseo de retornar altrabajo.Hacecasi seismeses que he soltado los remos—que dejo pasar las semanas sin nada que ofrecerlessino estas famosas«impresiones». El ocio prolongado me exasperayme deprimey, aunque,encontrándome aquí, es una pena no moverme un poco y (si se presentala oportunidad) ver elpaís, la perspectiva de no producir nada durante el resto del invierno seme haceabsolutamente intolerable. Si se tratara de elegir entre estacionarme en un sitio y abordar eltrabajo, o emprender un viaje durante el cual nada podréhacer, sin duda elegiría lo primero.Pero es probable que logre llegar a un compromiso: ver algo del paísy pese a ello trabajar un poco. Tengo la mente repleta de planes, de ambiciones; se agolpan sobremí, puesto que sonéstos los años productivos de la vida. A estas alturas he estibado unaformidable cantidad dematerial; en realidad nunca he hecho inventario de la carga. Tras largos años de espera, de obstrucciones, me encuentro capaz de poner enmarcha elmás caro de mis proyectos—el deempezar a trabajar para la escena. Fue uno de losmás tempranos—lo alenté desde elprincipio. Ninguno me ha proporcionado esperanzasmás luminosas—ninguno me ha dado emocionesmás dulces.De todos modos es extraño que nunca haya hecho nada—y hastacierto punto es ominoso. A vecesmemaravilla que el sueño no se haya desvanecido. Ahoraregresa, sin embargo,yel ansia de sentarme al fin a realizar un intento sostenido en esa dirección me quema. Creo que en verdad existen suficientes razones para no haberlo intentado antes: la pequeña cantidad de trabajo que podía llevar a cabo en cada sesión, la incesantenecesidad de procurarme dinero inmediato, la incapacidad para hacer doscosas almismotiempo, la ausencia de oportunidades, de aperturas. Podría añadir a esto la

certidumbre de queme estaba permitido aguardar, de que el teatro, en mi opinión, es lamásmadura de las artes, aquélla a la que uno ha de aportar tanto lo mejor de lo adquirido como lomás natural,y de que, en tanto aguardaba, no dejaba de estudiar elartey desbrozarmi terreno. Ahora puedoafirmar, pienso, que he estudiado el arte tan bien como es posible estudiarlo almodocontemplativo. En teatro francés soy un experto; lo digo sinvacilar.Lo tengo en el bolsillo,yme parece claro que es a la luz de él que se ha de trabajar hoy en día. Entorno a estas cosasme he topado con tesoros de sabiduría. ¡Cuántas horas interesantesme han proporcionado, aqué inacabables reflexionesme han conducido! A veces, como digo, seme antojasencillamente deplorable no haberme abocado antes al trabajo. *Pero de momento era imposible*, yyo sabía quela oportunidad iba a llegar. Hela aquí;y sepayo protegerla como sifuera sagrada.Que nada me distraiga de ella; pues ahora toda pérdida de tiempo, que hastaahora ha sido un simpleproceso de maduración, se tornaría perniciosa. *Je me résume*, comodicen los héroes de George Sand. Recuerdo varias ocasiones; reviven nítidamente ciertasanunciaciones del propósito al queme refiero. Algunas de ellas, las más tempranas, obedecieronmeramente al influjo de visitas al teatro—de ver grandes actores, etc.—en horasafortunadas; o de lalectura de una nueva pieza de Alej. Dumas, de Sardou, de Augier. No,

[11] WalterScottfueelegido*sheriff*deSelkirshireen1799.

 , etcétera. La velada fue para mí como una iluminación —parecía alumbrar mi propio sendero. De haber podido entonces sentarme a escribir, con toda probabilidad no habría parado en seguida. Pero no lo hice; no podía; estaba escribiendo cosas por las cuales necesitaba que me pagaran mes tras mes. (Me gusta recordarme estos detalles —para justificar mis innumerables postergaciones.) Recuerdo que al salir del teatro —era una noche maravillosa— vagué largo rato bajo el influjo, no tanto de la pieza, como de la actuación de Coquelin, que la había convertido en algo tan humano, tan brillante, tan apreciable. Me hallaba agitado por lo que la interpretación del actor me comunicaba que podía hacer —que debía intentar. Anduve por la Place de la Concorde, a lo largo del Sena, por los Champs Elysées. Aquello se revelaría insignificante, sin embargo, comparado con el estado en que me arrojó un

encuentro con Coquelin durante un almuerzo en el asunto de Andrew Lang, cuando la Comédie Française se presentó en Londres. Por obvias razones la ocasión no era propicia, pero tuve con él una breve charla que reavivó e inflamó mis ambiciones latentes. También por entonces tenía yo las manos atadas; no pude hacer nada, y el sentimiento se deshizo en humo. Pero me conmovió hasta las entrañas. La personalidad de Coquelin, su palabra, la forma en que desbordaba en él el *artista* —todo esto era terriblemente sugestivo. Fue poco lo que logré decirle allí —ni asomo de lo que deseaba; sólo podía escucharlo, y traducirle lo que decían *los demás* —¡embarazosa tarea! Pero escuché con cierto provecho, y nunca he perdido lo que gané aquella vez. Me excitó poderosamente; no olvidaré el paseo que después di desde South Kensington hasta Westminster. Me encontré con Jack Gardner, y caminó conmigo para dejar una tarjeta en la Cámara de Representantes. La impresión me duró todo el día, y muchos de los días siguientes. Con el tiempo se fue diluyendo, y hube de entregarme a otros asuntos. Pero ahora la recupero; y puedo afirmar que esos dos breves momentos fueron hitos. Hubo más tarde un incidente menor que me es grato recordar, porque guarda el extremo placer del momento. John Hare (lo encontré en una cena en casa de los Comyns Carr) me pidió —me instó, podría decir— que escribiera una obra, ofreciéndome sus servicios en la eventualidad de que decidiera aceptar. Le tomaré la palabra. Cuando en octubre pasado regresé de Escocia estaba embebido de esta tarea; tenía las manos libres; los bolsillos en regla; hubiera dado 100 libras por la libertad de sentarme a seguir trabajando. Pero en lugar de ello tuve que venir aquí. Sin embargo, si esto implica que he perdido parte de mi tiempo, ¡no necesariamente implica que lo haya perdido todo!

querido amigo, nada deaquello se ha perdido.*Ces emotions-là ne se perdent pas; ellesrentrent dans le fond même denotre nature; elles font partie de notre volonté*. La*volonté*no ha expirado; hoyempieza a realizarse. Dos o tres de aquellas ocasionesa las que me he referido se encuentran entre las cosas que *importan*en laformación de un propósito; bien merecen una nota en estecuaderno. Lo que siempre ha importado, desde luego, es la ComédieFrançaise; es para ella, en lo que respecta a este prolongado sueño diurno, que he vivido. Pero hubo una noche de las pasadas allí que recordaré pormucho tiempo;fueen septiembre de1877. Yo había ido a París desde Londres;me alojaba en la Avenue d'Antin—la casa detrásde la cual había un*tir*. Fui a ver*Jean Dacier*, con Coquelin en el papel del héroe; sin duda noolvidarélaimpresión. Supongo que en conjunto la pieza esmala; pero encierra algunasescenasmuy eficaces, y los dos papeles principales ofrecían a Coqueliny Favart una magnífica oportunidad. Para Coquelin setrata siempre de la *gran*oportunidad, ymás tardeme confesaría en Londres que es el papel que más aprecia. En él es consecutivamente de todoun poco, yyo no creo haber vuelto a seguir con talintensidad la creación de un actor. Mesumergió en un tremendoestado de excitación;pensé seriamente en escribir a Coquelincontándole que habíamos sido compañeros de colegio[12], etcétera.La velada fue para mí comouna iluminación —parecía alumbrarmi propio sendero. De haber podido entonces sentarme aescribir, con toda probabilidad no habría parado en seguida. Pero no lo hice; no podía; estabaescribiendo cosas por las cuales necesitaba queme pagaranmestrasmes. (Me gustarecordarme estos detalles—parajustificarmis innumerables postergaciones.) Recuerdo que alsalir del teatro—era una nochemaravillosa—vagué largo rato bajo el influjo, no tanto de lapieza, como de la actuación de Coquelin, que la había convertido en algo tan humano, tan brillante, tan apreciable. Me hallaba agitado por lo quelainterpretación del actormecomunicaba que podía hacer—que debía intentar. Anduve por la Place dela Concorde, a lo largo del Sena, por losChamps Elysées. Aquello se revelaría insignificante, sin embargo, comparado con el estado en queme arrojó un encuentro con Coquelin durante un almuerzo enel asunto deAndrew Lang, cuando la Comédie Française se presentó en Londres. Porobviasrazones la ocasión no era propicia, pero tuve con él una breve charla que reavivó e inflamómis ambiciones latentes. También

por entoncestenía yo lasmanos atadas; no pude hacernada, y el sentimiento se deshizo en humo. Pero me conmovió hasta las entrañas. Lapersonalidad de Coquelin, su palabra, la forma en que desbordaba en él el*artista*—todo estoera terriblemente sugestivo.Fue poco lo que logré decirle allí —ni asomo de lo quedeseaba;sólo podía escucharlo, y traducirle lo que decían *los demás*—¡embarazosa tarea! Peroescuché con cierto provecho, y nunca he perdido lo que gané aquella vez. Me excitópoderosamente; no olvidaré el paseo que después di desde South Kensington hastaWestminster. Me encontré conJack Gardner, y caminó conmigo para dejar una tarjeta en la Cámara de Representantes. La impresión me duró todo el día, ymuchos de los díassiguientes. Con el tiempo sefue diluyendo, y hube de entregarme a otros asuntos. Pero ahorala recupero;y puedo afirmar que esos dosbreves momentos fueron hitos. Hubo más tarde unincidentemenor quemees grato recordar, porque guarda elextremo placer delmomento.John Hare (lo encontré en una cena en casa de losComyns Carr)me pidió—me instó, podríadecir—que escribiera una obra, ofreciéndome sus servicios en la eventualidad de que decidiera aceptar.Le tomaré la palabra. Cuando en octubre pasado regresé de Escocia estabaembebido de esta tarea;tenía lasmanos libres;los bolsillos en regla; hubiera dado 100 libraspor la libertad de sentarme a seguirtrabajando. Pero en lugar de ello tuve que venir aquí. Sin embargo, si esto implicaque heperdido parte demi tiempo, ¡no necesariamenteimplica que lo haya perdido todo!

[12] DuranteuntiempoJameshabíasidocompañerodelfuturoactorCoquelinenelCollogeCommunaldeBoulogne.

9 de febrero de 1882, 1O2 Mt. Vernon St., Boston

Cuando empecé a desarrollar estas notas algo inconducentes no imaginaba siquiera que en pocas semanas me vería obligado a escribir un relato tan triste como el de hoy. El 3O del mes pasado regresé de Washington (llegué a Cambridge al día siguiente) para descubrir que nunca volvería a ver a mi querida madre. Falleció el domingo 29 de enero (había sufrido un ataque de asma bronquial, pero en apariencia se estaba recobrando con fortuna), mientras al caer de la tarde se hallaba sentada junto a tía Kate. ¡Qué distintas serán ahora las cosas para mí! Sabía que la amaba —pero no supe con cuánta ternura hasta que la vi envuelta en la mortaja, en la fría habitación norte, con una sombría tormenta de nieve fuera, y tan dulce y serena como noble fuera en vida. Son éstas horas de indecible dolor; gracias al Cielo que una sola vez en la vida nos toca padecer este peculiar tormento. El domingo por la noche (las 1O en Washington) me estaba vistiendo para ir a la casa de Mrs. Robinson —quien me ha escrito una carta muy amable— cuando llegó un telegrama de Alice (la de William): «Tu madre gravemente enferma. Ven en seguida.» Era muy alarmante, pero no daba a entender que se hubiese perdido toda esperanza; e hice el viaje a Nueva York con cuanta se me ofreciera a alentar. En Nueva York fui a las 5 a ver al primo H. P. —y allí me tradujeron el telegrama. Estaba Eliza Ripley —y también Katie Rodgers—, y cuando salía me encontré con Lily Walsh. El resto fue harto triste. Regresé a la Casa Hoffman, donde camino al centro de la ciudad había reservado una habitación, y allí permanecí hasta las 9.3O, hora en que tomé el tren nocturno a Boston. Nunca en el futuro volveré a pisar ese lugar sin que vuelvan a mi memoria las horas desgraciadas que me deparó. En casa lo peor había terminado; encontré a papá, Alice y tía K. extraordinariamente serenos —casi felices. Mamá aún parecía estar con nosotros —tan bella, tan llena de lo que todos amábamos en ella parecía en la muerte. El funeral fue el miércoles 1 de febrero; un par de horas antes Wilkie había llegado de Milwaukee. Bob se hallaba en Boston desde hacía un mes —durante la enfermedad de mamá se había consagrado a ella. Era un espléndido día de invierno —la nieve se extendía alta y grave. Por el momento, la colocamos en una cripta provisional en el cementerio de Cambridge, y aunque tuve, imagino, la vaga noción de que algunos de nosotros descansaremos allí un día, no vi exactamente la imagen. Me es imposible expresar —empezar a expresar—todo lo que se ha ido a la tumba con ella. Ella era nuestra vida, era la casa, era la piedra angular del arco. Ella nos mantenía unidos, y

ahora que no está somos cañas dispersas. Era la paciencia, la sabiduría, la exquisita maternidad. Su dulzura, su calidez, su inmensa bondad natural eran indecibles, y me resulta infinitamente desconsolador escribir aquí sobre ella como sobre alguien que *era*. Cuando pienso en todo lo que había representado durante años —cuando pienso en su incesante dedicación a cada uno de nosotros—, y que en diciembre pasado, cuando fui a Washington, le di el último beso, oí su voz por última vez, parece como si mi ser no albergase suficiente ternura para registrar la extinción de una vida semejante. Pero puedo discernir, con perfecta alegría, que había culminado su trabajo —que su larga paciencia había llegado al extremo. Había sobrellevado arduas preocupaciones y pesares, que soportó sin un lamento, y la había invadido la fatiga de la vejez. Prefiero haberla perdido para siempre que contemplarla internarse en un sufrimiento al cual probablemente se habría visto condenada, y con una suerte de bienaventuranza sagrada me permito pensar que ya no pesarán sobre ella angustias ni dolores. Su muerte ha alentado en mí una apasionada creencia en ciertas cosas trascendentes —la inmanencia de un ser tan noblemente creado como el suyo, la inmortalidad de tan inmensa virtud, la reunión de los espíritus en condiciones mejores que éstas. No es que hoy ella tenga de ángel más de lo que siempre había tenido; pero me niego a creer que baste el accidente de la muerte para que toda su inefable ternura se haya perdido para los seres que tan entrañablemente amaba. Ella está con nosotros, nos pertenece

—el silencio eterno no es sino una forma de su amor. En medio de ese silencio uno puede oír su voz —sentir por siempre la inextinguible vibración de su fervor. Me es imposible no pensar que en esas últimas semanas no fui con ella lo bastante afectuoso —que fui ciego a su dulzura y su benevolencia. Me resulta inevitable no desear haber estado advertido de lo que sucedería, y así haberla cobijado en el cariño más reconfortante. Al regresar de Europa me conmovió verla gastada y consumida, y ahora comprendo que estaba casi sin fuerzas. Afrontaba sus actividades habituales, pero la carga de la vida se le había vuelto pesada y necesitaba descanso. Encuentro algo inexpresablemente enternecedor en el modo en que, durante estos últimos años, siguió adelante paso a paso sin proporcionárselo. De haber seguido viviendo lo habría tenido, y verla disfrutar de él hubiese sido maravilloso. ¡Y sin embargo, ahora lo ha alcanzado, en su forma más absolutamente perfecta! Verano tras verano permaneció sin salir de Cambridge —era imposible conseguir que papá se moviera de su propia casa. El campo, el mar, el cambio de aire y de paisaje eran para ella un deleite exquisito; pero soportaba la continua pérdida de esas oportunidades con la docilidad y la paciencia más profundas. Se pasaba los días y las noches en esa Cambridge árida, chata, calurosa, rancia y detestable, y nunca pensó en culpar por ello a Alice o a papá. La suya fue la vida de una madre perfecta —de una perfecta esposa. Traer hijos al mundo; brindarse, durante años, en pro de su felicidad y su bienestar; y luego, una vez ellos habían alcanzado la plena madurez, y tanto el mundo como sus propios intereses los habían absorbido, recostarse en unas fuerzas menguantes y entregar el alma pura al poder celestial que le había encomendado esa misión divina. Gracias a Dios, sólo una vez vivimos esta pérdida; ¡y, gracias a Dios, ciertos recuerdos supremos perduran!

*

Todos mis planes se han alterado —por el momento, el regreso a Inglaterra se esfuma. Debo permanecer junto a papá; sus achaques no me permiten abandonarlo. Esto significa que me demoraré indefinidamente en este país —una perspectiva por demás reñida con mis recientes anhelos de partida.

3 de agosto de 1882, 3 Bolton St. De tiempo en tiempo uno siente la necesidad de hacer balance. En el pasado no he practicado mucho la costumbre, pero será beneficioso practicarla más de ahora en adelante. La previsión con la cual cerré la última entrada de estas páginas no se verificó. Partí de América en la fecha que había tenido en mente cuando

marché a casa: el 1O de mayo. Papá estaba mejor físicamente y manifestó el deseo más enérgico de que yo realizara mi plan; Alice y él se habían trasladado a Boston y estaban cómodamente instalados en una hermosa casita (1O1 Mt. Vernon Street). Por lo demás, les estaban acabando a ritmo sostenido la casa de campo en Manchester; yo fui a verla poco antes de hacerme a la mar. Es muy bonita —no se observa la aspereza americana; el mar está cerca de las *piazzas* y el aire huele a laurel. Lo tendrán todo: descanso, serenidad, paz, compañía suficiente, paseos encantadores—. No había transcurrido mucho desde mi regreso aquí cuando la peripecia americana empezó a palidecer, a semejarse a un sueño; en gran parte, a un sueño sumamente doloroso. Mientras estuve allí, lo que parecía una ensoñación era Europa, Inglaterra —pero ahora todo esto es harto real. Gracias a Dios, la temporada ha terminado; lo que de ella me correspondió fue todo cuanto puede agolparse en junio y julio. Yo estaba sin ánimos, preocupado, indiferente, aburrido y ansioso de empezar a trabajar otra vez; pero, puesto que aquí estaba, me vi obligado a acomodarme a los imperativos del momento, y siempre con mi viejo bálsamo para el espíritu perturbado, la idea de estar viendo el mundo. Esta vez, en líneas generales, me pareció un mundo pobre; no hice ni vi mucho de interesante. Estoy enormemente contento de hallarme de nuevo en Londres; me siento unido a la ciudad por

lazos profundos; esto seguirá siendo así; pero decididamente me gusta más cuando está «vacía», como en el período que comienza ahora. Conozco demasiada gente —he hecho demasiada vida social.

*

Grand Hôtel, París, 11 de noviembre. Gracias a la «vida social», la cual, en forma de diversos vestigios de la temporada, de una retahíla de americanos de paso y de varias visitas al campo, continuó imponiéndome su marca durante la mayor parte del mes de agosto, ni siquiera tuve tiempo de acabar la última frase de lo escrito hace más de tres meses. A estas alturas apenas puedo ocuparme de la historia de los tres meses pasados: un simple vistazo ha de bastar. Me quedé en Inglaterra hasta el 12 de septiembre. Bob, a quien al llegar de América hacia fines de mayo había encontrado en Bolton Street descansando en mi sofá —más arriba ni siquiera tuve tiempo de mencionar que desembarqué en Irlanda y pasé allí unos días—, Bob, quien, como digo, me estaba esperando en mi apartamento de Londres, para gran sorpresa mía y, gracias al viaje que había hecho a las Azores, en un ánimo de lo más mustio y cabizbajo, se embarcó de nuevo hacia casa en los últimos días de agosto, tras haber pasado unas semanas en Londres, en Malvero y en Llandudno, Gales. Los últimos días antes de partir estuvo conmigo. Alrededor del 1O de septiembre William llegó de América camino al Continente, donde pensaba pasar el invierno. Luego de estar juntos un par de días, yo vine a París vía Folkestone (dormí allí antes de cruzar), mientras él cruzaba a Flushing desde Queenborough. He estado todo el verano intentando trabajar, pero tan numerosas han sido las interrupciones que sólo durante las últimas semanas he conseguido hacer algo, y aun así moderadamente. Mi relación de trabajo para todo el año pasado es terriblemente escueta, y acabo de abrir este cuaderno con la intención de hacer varios votos solemnes respecto al futuro. Pero ni siquiera sé si los llevaré a cabo. De todos modos no estoy seguro de que tales solemnidades sean necesarias, pues Dios sabe que me encuentro por demás deseoso de trabajar, y que estoy plenamente convencido de la necesidad de hacerlo, tanto por mi bien como por mi felicidad.

*

Apenas si recuerdo incluso las tres o cuatro visitas a las cuales conseguí restringir mi «actividad social» durante el verano. Una agradable velada en Loseley —estaba allí Rhoda Broughton. En otra oportunidad volví para llevar a Howells (quien pasó en Londres todo

agosto) y a Bob a un almuerzo. Dos días en Mentmore; una estancia de sábado-a-lunes (muy insípida) en casa de Miss de Rothschild en Wimbledon; un día muy grato en la de Arthur Russell, en Shiere. Esto último fue encantador; creo que no fui a ningún otro sitio —pues me escabullí de Midelney, de mi prometida visita a Mrs. Pakenham y de las promesas vagamente hechas a Tillypronie. Hacia el fin de la temporada, en Londres, pude disponer de mi tiempo con amplitud y, como siempre me ha ocurrido antes, sentí el hechizo de los largos días tranquilos, durante la época desierta, en que uno puede sentarse a escribir sin la obligación de responder billetes o hacer visitas. ¿He de confesar, no obstante, que las noches se han vuelto monótonas?

*

Tenía pensado escribir cierta memoria de mis últimos meses en América, pero temo que la oportunidad ya haya pasado. Sin embargo, los recuerdo con enorme ternura. Boston no significa para mí absolutamente nada —ni siquiera me desagrada. Al contrario, me gusta; lo *Henry James Cuadernos De Notas* Página 30 de 218 , y la escribí; pero mi pobre obrita no ha servido de estímulo. No es menester abundar en la cansadora historia de mis negociaciones con la gente del Madison Square Theatre, cuyos propietarios se comportaron como una mezcla de asnos y fulleros; el episodio daría lugar por sí solo a un brillante capítulo de una novela realista. Escribir la pieza me entusiasmaba enormemente, y el trabajo reafirmó todas mis convicciones respecto a la fascinación de esta clase de composiciones. Pero lo que me condujo a conocer, tanto en Nueva York como en Londres, de los modales e ideas de promotores y actores, y de las condiciones de producción en nuestra desdichada escena inglesa, resulta casi fatalmente asqueante y desalentador. He aprendido, con notable viveza, que si uno pretende trabajar para ella ha de estar preparado para el *asco*, un asco profundo e inexpresable. Mas por asqueado que me encuentre, no creo estar desanimado. La razón estriba en que sencillamente no puedo permitírmelo. He resuelto reservarme un año —incluso más si hiciera falta— para hacer experimentos, estudios, pruebas. La forma dramática me parece lo más bello del mundo; la desgracia es que la chatura de la escena angloparlante no le ofrece una base consistente. Cómo me las arreglaré para conciliar esto con el constante requerimiento que, tanto desde dentro como desde fuera, me urge a embarcarme en otra novela, es más de lo que estoy en condiciones de responder. Sin duda lo más sabio, de todos modos, es no comenzar una en seguida —no

empeñarme en una obra de *longue haleine*. Debo hacer cosas cortas, tantas como necesite, que me dejen intervalos libres para el trabajo dramático. Digo esto con cierta soltura; pero a veces se apodera de mí un penoso apetito de sentarme a escribir otra novela. Si sólo lograse *concentrarme*: he aquí la gran lección de la vida. Me invaden horas de inexpresable revuelta contra la pequeñez de mi producción; contra mis lastimosos hábitos de trabajo —o de indolencia; contra mi ligereza, la vaguedad de mi mente, mi perpetua incapacidad para centrar la atención, para abstraerme, para mirar las cosas cara a cara, para inventar, en una palabra: para producir. En abril próximo cumpliré 4O años: ¡vaya horrible dato! No obstante, creo que he aprendido a trabajar y que es en momentos de obligada ociosidad, casi exclusivamente, cuando sobrevienen estas melancólicas reflexiones. Cuando estoy realmente volcado a la tarea, me siento feliz, fuerte, veo muchas oportunidades por delante. Es lo único que me hace

queme disgustaes vivirallí. Pero las últimas semanas que pasé en la ciudad, después de lamuerte demamá, rezumaron una quietud y una solemnidad exquisitas. Mis habitaciones en Mt.Vernon Street eranfeas y peladas; pero también cómodas—en cierto modo eran simpáticas. Todas lasmañanas solía salira caminary cruzaba el Common para desayunarenParker's.Luego volvía a mialojamientoyme sentaba a escribir hasta las cuatro olas cinco,tras lo cual iba andandohasta Cambridge a través de ese melancólico puente cuya longitudtantas veces había medido en el pasado y, cuatro o cinco veces a la semana, cenaba enQuincyStreet con Alice y papá. Por la noche regresaba bajo la luz del claro cieloamericano.—De modo tal que hacía ejercicio en abundancia. Fueuna temporada sencilla,seria,fructífera.Parecía como sila muerte de mamá hubiese dejado tras de sí un blando murmullo benévolo,en el cual vivimos semanas,meses enteros, y que destilaba paz y dulzura. Por lasnoches, alcaminar rumbo a Bostonpor esos oscuros caminos desiertos, donde en el aire invernal uno noencontraba nada salvo lasfarolas coloreadas y el distante cascabeleo de los coches deCambridge, pensaba constantemente en ella. También eltrabajo que había abordado porentoncesme interesaba,y ahora vuelvo la mirada hacia aquellos tresmeses con una suerte de veneración religiosa. El trabajo meinteresaba aún más de lo que su importancia podríaexplicar—o de lo que sus resultadosjustificarían. Intentaba escribir una obra breve (DM)[13], y la escribí; pero mi pobre obrita no haservido de estímulo. No esmenester abundar en lacansadora historia demis negociaciones con la gente del Madison Square Theatre, cuyospropietarios se comportaron como unamezcla de asnos yfulleros; el episodio daría lugar porsí solo a un brillante capítulo de una novela realista. Escribir la piezame entusiasmabaenormemente,y eltrabajo reafirmó todasmis convicciones respecto a la fascinación de estaclase de composiciones.Pero lo que me condujo a conocer, tanto en Nueva York como en Londres, de losmodalese ideas de promotoresy actores, y de las condiciones de producción en nuestra desdichada escena inglesa, resulta casi fatalmente asqueante ydesalentador. He aprendido,con notable viveza, que si uno pretende trabajar para ella ha de estar preparadopara el*asco*, un asco profundo e inexpresable. Mas por asqueado queme encuentre, no creo estar desanimado. La razón estriba en que sencillamente no puedo permitírmelo. He resueltoreservarme un año—inclusomás si hiciera

falta—para hacer experimentos, estudios,pruebas. La forma dramática me parece lomás bello del mundo; la desgracia es que la chatura de la escena angloparlante no le ofrece una base consistente. Cómome las arreglaré para conciliar esto con el constante requerimiento que, tanto desde dentro como desdefuera, meurge a embarcarme en otra novela, esmás de lo que estoy en condiciones de responder.Sinduda lo más sabio, de todosmodos, es no comenzar una en seguida —no empeñarme en unaobra de*longue haleine*. Debo hacer cosas cortas, tantas como necesite, que me dejenintervalos libres para el trabajodramático. Digo esto con cierta soltura;pero a veces seapodera demí un penoso apetito de sentarmea escribir otra novela. Si sólo lograse*concentrarme*: he aquí la gran lección de la vida. Me invaden horas de inexpresable revueltacontra la pequeñez demi producción; contramis lastimosos hábitosde trabajo —o deindolencia; contrami ligereza, la vaguedad demimente,mi perpetua incapacidad para centrarla atención, para abstraerme, para mirar lascosas cara a cara, para inventar, en una palabra:para producir. En abril próximo cumpliré 4O años:¡vaya horrible dato! No obstante, creo quehe aprendido a trabajary que es en momentos de obligada ociosidad, casi exclusivamente,cuando sobrevienen estasmelancólicas reflexiones. Cuando estoy realmente volcado a latarea, me siento feliz, fuerte, veo muchas oportunidades por delante. Es lo único queme hace

[13] *DaisyMiller.*

la vida soportable. Sin embargo, en los próximos años he de realizar grandes esfuerzos si deseo no resultar al cabo un fracaso. ¡Habré sido un fracaso a menos que haga algo *grande*![14]

14 Matthiesen omite las tres últimas entradas del cuaderno II, que no son sino meros memorándums: la muerte del abuelo del escritor, el traslado a Lamb House (octubre de 1897) y el viaje a Estados Unidos de agosto de 19O4. Lo que sigue cronológicamente está tomado del cuaderno anterior.

15 William James.

*

«Los asuntos y los modos ingleses no me impresionan tanto como hace tres años. Inglaterra está obstruida y envarada por la enorme carga de fruslerías, la secular montaña de desperdicios y basura que viene arrastrando, embadurnada de bruma y humareda. Hay que ver lo leves e inteligentes que emergen todas las demás naciones de la Comparación.»

W. J.,[15] carta a su esposa desde Londres, 22 de diciembre de 1882.

«En cuanto a mí, he aprendido a ser cosmopolita, pero no puedo despegarme la sospecha de que ya no habrá que tener en cuenta a las razas latinas, incluso si llegaran a conquistar el mundo, cosa que no harán.»

E. Gryzanowshi a W. J., Livorno, 18 de diciembre de 1882.

«El sábado he de salvar mi vida huyendo a París. Es extraño decirlo: nunca lugar alguno ha parecido avenirse conmigo tanto como Londres. La gente me gusta cada vez más. De todos los *Kunst-produkte* de este globo, esa estructura exquisita y extravagantemente pulida que se da en llamar Raza y Temperamento Inglés es la más preciosa. Me inclinaría a pensar que cualquier pobre francés contemplaría con una suerte de furor la manera fácil y templada en que aquélla resuelve, o alcanza sin necesidad de resolver, todo aquello que para su desdichado pueblo constituye lo imposible.»

W. J., Londres, 22 de enero de 1883.

A propos de Sarah B. en la *Fedora* de Sardou:

«Es una criatura maravillosa, pero no logro comprender cómo un ser de semejante inteligencia puede elaborar algo que posee tan poca materia moral, de modo tal de imponerlo. La obra es áspera y siniestra, y horrible, sin por ello resultar trágica o patética en el menor grado; al acabar, uno se sentía como una suerte de cómplice de una crueldad perpetrada a sangre fría. Me dieron ganas de abandonar a los franceses y llamar a mi propia especie a que se lave las manos y deje que se apodere de ellos su destino. Un desarrollo tan desproporcionado de las percepciones externas, una perversión tal de los sentimientos naturales ha de obrar su némesis de un modo u otro.»

W. J., París, 1O de febrero de 1883.

Boston, 8 de abril de 1883. Transcribo a continuación parte de una carta que acabo de escribir a J. R. Osgood, mi editor, en relación a una nueva novela.

«El marco de la historia se sitúa en Boston y sus alrededores; relata un episodio conectado con el así llamado «movimiento femenino». Los personajes que incluye son en su mayoría personas del tipo reformista radical, particularmente interesadas en la emancipación de las mujeres, en concederles el sufragio, librarlas de las ataduras, coeducarlas con los hombres, etc. Consideran que es ésta la gran cuestión del momento —la reforma más sagrada y urgente. *Henry James Cuadernos De Notas* Página 32 de 218

Henry JamesCuadernos DeNotas

La heroína es una joven muyinteligentey«dotada», asociada por nacimiento y circunstanciascon un círculo inmerso en lasmencionadas opinionesy en toda especie de agitaciónnovedosa, hija de viejos abolicionistas, espiritualistas, trascendentalistas, etc. Ella estáinteresada en la causa; pero es objeto de un interés aún mayor por parte desu familiay susamigos, quienes le han descubierto un notabletalento natural para hablar en público, medianteel cual la creen capaz de hacer vibrar a grandes audienciasy aportar una valiosa ayuda a laliberación de su sexo.La adoran como si fuera una suerte de apóstol o redentora. Laapariencia de ella esmuyatractiva y sufacilidad de palabra casi una gracia. Tiene una amigaíntimay querida, otra joven que, proveniente deun círculo social totalmente distinto (unafamilia rica, exclusivay conservadora), se ha consagrado a estas cuestiones con intenso ardory concebido una apasionada admiración por lamuchacha, sobre la cual, por el influjo de un carácter en todo diferente, ha adquirido gran influencia. Posee dinero, aunque no talento parapresentarse en público ysueña con que, trabajando codo a codo su amigayella (valiéndoseuna del dinero y la otra de la elocuencia) puedan revolucionar verdaderamente la condición delasmujeres.Considera que ésta es una tarea noble yelevada, una misión a la cual ha desacrificarse todo lo demás, e implícitamente cuentacon su amiga. Esta, no obstante, conoce aun joven quese enamora de ellay porel cual ella también se interesa mucho, peroque, tercoy conservador, se opone resueltamenteal sufragio femenino ytoda alteración similar. Cuanto más conoce a la heroína másla ama,ymás se decide a arrancarla de lasgarras de sus amigasreformistas,a quienes detesta de corazón. Proponematrimonio alamuchacha, sin ocultar que,en caso de aceptar, ella deberá renunciar por completo a su«misión». Ella se da cuenta de quelo ama, pero también deque el abandono de lamencionadamisión sería terrible, y mucho peor la decepción infligida a la familia, a losamigosy especialmente a la amiga. Elpretendientees pariente lejano de la joven rica, quien en mala hora, por casualidad y antes deconocer sus opiniones (él ha estado diez años viviendo en el Oeste) le ha presentado a la muchacha.Le suplica a su amiga que se mantenga firme —se lo suplicaen nombre de laíntimaamistad quelas uney detodas las esperanzas que en ella se han depositado. La novelarelata la lucha que tiene lugar en la mente de la muchacha. Tras diversas vicisitudes, esta lucha concluye con el abandono de

todo, la ruptura definitiva con su amiga, en una terribleentrevista final, y la entrega al amante. Ha de haber varios personajesmás alos cuales nomehe referido—tipos de agitadores radicales—ytodos los bocetos que pueda incluir delmovimiento por los derechos de la mujer.»—Esto por lo que concierne a Osgood. Por miparte, he devolver sobre el asunto más detalladamente. El tema es fuertey bueno, con un interés ampliamente rico. La relación entre ambasjóvenes debería ser el estudio de unadeesas amistades entre mujeres tan comunes en Nueva Inglaterra. Todo debe ser tan local,tanamericano, tan lleno de Boston como sea posible: un intento de demostrar que*puedo*escribiruna historia americana. Es indispensable que hayaun hombre de prensa típico —el hombre cuyo ideal esel reportero vigoroso. Megustaría*bafouer*toda lavulgaridad y la horridez quehay en esto —la impúdica invasión de lavida privada, la extinción detodo concepto deprivacidad, etc. Lo que me dio laidea fue el*Evangéliste*de Daudet. «Si pudiera hacer algocon ese carácter*pictórico*! De cualquiermodo el tema es de lo más nacional, de lo más típico.Deseaba escribir un relatomuy*americano*, un relato característico de nuestras condicionessociales,yme pregunté cuál era el puntomás relevante y peculiar de la vida social en el país.La respuesta fue: la situación de lasmujeres, la decadencia del sentimiento del sexo, laagitación desatada en su nombre.[16]

[16]Jamesterminó*TheBostonians(Lasbostonianas*)dosañosmástarde,ylanovelafuepublicadaporentregasen*CenturyMagazine*(febrerode1885—febrerode1886).ElplanexpuestoenlacartadeOsgoodfuerespetadoenbuenamedida:elrelato

se atiene mayormente al estudio psicológico de Olive Chancellor (la feminista radical) y Verena Tarrant (la joven dotada», nieta de trascendentalistas).

17 En la New York Edition el título del cuento es Lady Barbarina.

*

En la misma carta a Osgood envié el bosquejo de plan para un cuento de la familia «internacional» —como *Daisy Miller, The Siege of London (El sitio de Londres*), etc. «La cosa se llamará *Lady Barberina*[17]. El tema de la chica americana que se casa (o respecto de la cual existe la cuestión de si se casará o no) con un aristócrata británico, ya lo he tratado otras veces (más o menos). Esta historia invierte la situación y presenta *un* joven americano que concibe el propósito de casarse con una hija de la aristocracia. Es neoyorquino, bastante anglomaníaco y petimetre; y, puesto que tiene dinero en abundaneia, ella lo acepta y se casan. La 1a. mitad del relato transcurre en Inglaterra. En la 2a. la pareja es transportada a Nueva York, adonde él ha llevado a su esposa, y se relatan las peripecias por las que allí atraviesan, las impresiones que la muchacha produce y recibe, y la consiguiente catástrofe.» Esto en cuanto a Osgood. —Pienso que se podría hacer algo muy bueno —lo veo con total viveza.

Una buena comparación (americana): «Tan... y callado como un podólogo.»

Lady Barberina: Notas. (17 de mayo de 1883.)

Él, el joven que se casa con la hija del conde, tiene que ser médico, porque resulta sumamente nacional y típico. Unicamente aquí ocurriría que el hijo de un hombre rico —de un hombre tan rico como su padre—abrazara esa profesión, y la profesión en sí misma puede ser considerada «bastante aristocrática». El padre le deja una gran fortuna —pero él sigue siendo (digamos) el «doctor Jeune». No practica la medicina pero se interesa por ella, y es de lo más generoso y solidario con el sufrimiento de los pobres. Tiene un hermano vulgar y una madre encantadora; y las relaciones de ambos con Lady Barberina una vez ha llegado a N.Y. constituyen una de las líneas fundamentales de la historia. Las expectativas de Lady B. cuando va a ser presentada a Mrs. Jeune (su suegra, etcétera). Lo difícil, desde luego, será conseguir que el casamiento resulte natural: pero es una dificultad inspiradora. Por el lado de ella (de Lady B.), buena parte de la explicación descansará en la enorme fortuna del pretendiente. Aunque sea una criatura excelente, no es una belleza, y carece de la fortuna que podría ayudarla a encontrar marido en Inglaterra. Ha cumplido veintiséis

años, su padre es un noble sin dinero y tiene cuatro hermanas y cinco hermanos. Su madre piensa que casándola con un rico *là-bas* echaría un *pied à l'étrier* para el resto de la prole —que los muchachos en particular, algunos jóvenes aún, se acomodarían en Estados Unidos con ranchos y esposas adineradas. —Además, a Barberina le gusta el joven, y a él hay que hacerlo atractivo. La novedad, el cambio, la dejan prendada, todo lo americano es tan seductor. Lo de «doctor» es difícil de tragar; y pienso que debería conceder que en Londres, dado que ya no ejerce, el hombre no pone el título por delante. Es sólo después de casarse y llegar a Nueva York cuando ella descubre que todo el mundo se dirige a él de ese modo —sus propios hermanos lo llaman «doctor», etc. Una de las hermanas de ella, dicho sea de paso, ha de viajar a América con la pareja, y lo conveniente será que el país le guste a más no poder. Ha de casarse con un joven pobre: un guapo pastor neoyorquino. La cuestión radica en hacer que el casamiento con Lady B. parezca natural y posible para mi héroe, evitando al mismo tiempo presentarlo como *Henry James Cuadernos De Notas* Página 34 de 218 .

un *snob*. Pero sin duda se puede conseguir. En primer lugar, nada obsta para que se enamorede lachica. Ella debe impresionarlo como una joven espléndida, que se adapta totalmente asu ideal de plenitud física, desarrollo afortuuado, salud perfecta, etc., cualidades todas éstas porlas cuales ha de sentir un inmenso aprecio. Ha deser un rendido admirador del físico de laraza inglesa y considerara la muchacha un hermoso ejemplar. En cuanto a él, es un individuo menudo —en modo alguno posee una contextura que desee perpetuar*telle quelle*; perotambién esfrío, deliberado, tercoymuy apegado a sus ideas: la resistencia suele darle bríos;ya su casamientocon Lady B. hay resistencia.Se da el caso de que los amigos y parientes*de él*, algunos, consideran tan extraño que desee casarse con lamuchacha, como los de ella quepueda unirse a él. El se niega a ver por qué le ha de ser difícil casarse con lamujer que se le antoje, cualquiera que sea;y la determinación de que a ella síle parezca cómodoy naturalloimpulsará realmente a salirse con la suya. Maldita sea, si se ha encaprichado con una hija de conde, se llevará una hija de conde. A definir la actitud de lamadre, y a ajustar losdetalles delepisodio en Nueva York. Luego la*entrée en matière*en Londres. Allí él debe tener un par deconfidentes, que de modo accidentallo ponen en contacto con Lady B. y observan susavances con diversión y temor. Además debe tener un amigo —un médico de Boston (del tipode J. P.)[18].

«Lamuchacha que se ha hecho a símisma»:muybuen tema para un cuento. Muymoderno, muy local; da para mucho.

3O demayo de 1883.He prometido a Osgood aportarle tres cuentos (parala«Century»);yahora Gilderme escribeque quiere primero los dosmás cortos, antes que*Lady Barberina*, que ya había empezadoy estaba a punto de acabar. Le he contestado que detendré éste y leenviaré los dos más breves lo antes posible. Así pues, debo seleccionar los cuentos—los temas.Hace pocopensé en una pequeña *donnée*por demás pintoresca que iba a titular*The Impressions of a Cousin*. Consiste en unamodificación de algo que hace un tiempo mesugirió Miss Thackerayy yo registré aquí—la historia de la pequeña *demoiselle de Grignan*, que fuera obligada aingresar en un convento porque el padre o el padrastro no deseaba rendircuentas de la gestión de sus bienes.No entraré ahora

en detalles: baste el hecho de que elfalsodepositario de marras es un caballero que la propietaria de los bienes ama (muy en secreto);yde que su deseo es inducirla a casarse con su hermanastro, que posee unafortuna propia, demodo quela pareja no insista en obtener una revelación quelo arruinaría—disuadidos en virtud del parentesco cercano, el orgullo familiar,etc. La muchacha rechaza tajantemente alprimo, y no obstante tampoco insiste en que se rindan cuentas, sobrellevando en silencio elagravio que ha sufrido. Por consiguiente el depositario, *à que ceci donne à penser*, descubreque ella lo ama desde hace tres añosy que, de no haber sido tan necio, hubiera podido casarsecon ellay disfrutar honradamente delos bienes. Ahora ella sabelo que ha hecho; no entablará